

***Antonio Roldán, poeta lucentino***

***Semblanzas y recuerdos***



**Edición Septiembre 2016**

## CONTENIDO

De su hijo Antonio .....	4
De su hija Conchi .....	23
De su nieto Antonio Javier.....	26
De su cuñada Mercedes Martínez .....	29
De su sobrino Fernando Roldán López .....	34
De su amigo Juan López Jiménez.....	36
De Francisco López de Ahumada Suárez .....	40
De Antonio Suárez Cabello .....	43
De Francisco Sánchez González.....	49
Recuerdo de José María González Zubieta .....	52
De su sobrino Antonio Villa Álvarez de Sotomayor .....	54
Entrevista de don Miguel Vidal para “Luceria” .....	55
Entrevista a su esposa publicada en La Voz por Antoñi Ramírez .....	59
Nota publicada en Luceria .....	68
Nota publicada en La Voz .....	70

Recuerdos de una abuela de Zambra .....	71
Poemas de Agustín Carrasco Jiménez .....	76

## DE SU HIJO ANTONIO

Así era mi padre



Antonio Roldán Martínez, año 2000

***Sueño tu canto perdido,  
y al oír tu voz ausente  
vuelvo a caminar contigo.***

Han transcurrido doce años desde la muerte de mi padre. En ese tiempo la angustia de su ausencia ha sido sustituida por la ternura de su recuerdo, y por eso puedo describir con serenidad y más perspectiva cómo era en su intimidad. Por su carácter más bien reservado, su pueblo, que conoció muy bien su obra, supo bastante menos de su persona. No se prodigó en actividades sociales, ni siquiera en las propias de su afición a la poesía. Vivió como en la sombra, dejándose conocer tan sólo por sus romances y coplas, y reservando lo mejor de sí mismo para sus seres queridos. Por eso es de justicia que en nombre de la familia, que ha tenido la suerte de compartir tantos años su inspiración poética y su gran corazón, complete con estos párrafos la visión general que en esta publicación se desea hacer de su persona y obra.

## La persona



***Sólo los pájaros saben  
trazar caminos de luz  
entre los pliegues del aire.***

Algunas personas, muy pocas, nacen con un regalo especial, y es el de descubrir la belleza directamente. Son personas que logran con una mirada, con un golpe de intuición, lo que a los demás nos cuesta mucho tiempo de trabajo. Así fue mi padre, rápido en la palabra, directo en la observación y con una sabiduría especial para distinguir lo bello de lo vulgar. Yo no me enteré hasta el final de mi niñez de que apenas había cursado estudios, a causa de ciertos episodios de falta de salud y de su temprana dedicación al campo. Me costó trabajo creerlo, pues desde niño me habían rodeado mis padres de actividades culturales, especialmente de música y poesía. En nuestra casa siempre estaban a la vista las partituras musicales, impresas o manuscritas, y los hijos presenciábamos los grandes ratos que mi padre pasaba tocando la guitarra clásica. No faltaban las novelas, poesías y obras de teatro, y las visitas hablaban frecuentemente de temas culturales. Recuerdo ir de su mano a los ensayos del grupo de teatro de la Agrupación Cultural de la que era presidente. ¿Cómo podía esa persona haber tenido tan pocas oportunidades de estudio y sin embargo interesarse tanto por la cultura? Evidentemente era algo innato, un regalo de Dios.

Su pensamiento tenía atajos que los demás ignorábamos. Por eso no le gustaban las complicaciones, sino lo pequeño y sencillo de la vida. Todos sus nietos recuerdan la inclinación que mostraba hacia cosas que no se suelen valorar suficientemente en nuestra forma de vivir: los animales, los gestos espontáneos de un niño, la más pequeña flor del campo,... Cosas que creemos que son complementarias en la vida, quizás por ser gratuitas, para él eran fundamentales. Ahora, cuando los hijos vamos cumpliendo años, comprobamos que tenía razón. Yo también ahora me detengo a menudo en ver cómo abre una flor o cómo aterriza un pájaro en su árbol y conservo esas experiencias como pequeños tesoros que me ayudan a vivir.

Por el contrario, apenas le interesaba la política o las discusiones filosóficas. Le recuerdo muy bien cuando en las noches de verano, al reunirnos la familia, discutíamos de política en los tiempos de la Transición Española, y él callaba, sólo algún comentario anecdótico, y se marchaba de cuando en cuando a la soledad de su butaca, para regresar más tarde sorprendido de que el tema nos diera para tanto. Sin embargo, si cambiaba la conversación a hechos o personas concretos, se incorporaba a la tertulia y aportaba sus trazos de humor e ironía que nos divertían a todos.

Su inteligencia natural hacía que destacara en temas que generalmente parecen reservados a personas con más preparación. Dominaba los números, y a los hijos nos enseñó el cálculo mental rápido. Recuerdo ir con mis padres al cortijo subido en un mulo y a mi padre proponiéndome cálculos: “40 por 4, le quito 20 y lo multiplico por 3”. También me hacía contar

al derecho y al revés aprovechando la numeración de los postes de teléfonos de la carretera.

Tenía también un gran amor por las palabras. Usaba el diccionario a diario, hasta gastarlo por el uso y recibir como regalo otro nuevo. En sus últimos años lo consultaba mucho para los crucigramas, por los que tenía mucha afición. Frecuentaba la Biblioteca del Ayuntamiento, y nos acostumbró a acudir a ella y a usar el servicio de préstamos.

Fue muy habilidoso en trabajos manuales y mecánicos. Le interesaban los coches, las máquinas y todo tipo de aparatos. Como yo compartía su afición, llegó a regalarme hasta tres mecanos. Uno de sus paseos favoritos era a la estación para observar las maniobras de los trenes. Practicó el revelado de fotografía, en unos tiempos en los que era complicado adquirir el material necesario. Yo le recuerdo usando un papel con el se conseguía revelar con la luz del sol. Le gustaba también mucho trabajar la madera. Practicaba con una simple navaja decorando varas de olivos, transformando en cestos los huesos de aceituna o tallando directamente sobre un bloque. En una ocasión le concedieron un premio por una cadena que confeccionó de una sola pieza, a base de calar los eslabones en un trozo de madera de naranjo. Se expuso en Córdoba y recibió comentarios muy elogiosos. Pero, como es sabido, destacó sobre todo en la música y la poesía.

## Su campo



***Si he de volver a estar vivo  
pediré ser un zorzal  
viajero entre los olivos.***

Su amor al campo constituía casi una religión para él. Y no digo naturaleza, sino campo, porque una parte importante de su interés era todo lo relacionado con las labores agrícolas. No disfrutaba sólo del paisaje, sino de los rastros de la mano del hombre sobre él. Todo lo que entendía nos lo enseñó a los hijos, y, lo que es más importante, nos contagió a los dos ese amor, de tal manera que ahora que vivimos en una gran ciudad reservamos un tiempo para seguir la vida de la naturaleza que nos rodea, y le recordamos continuamente, porque sabemos que habría disfrutado mucho a nuestro lado en esos momentos.

Mientras pudo, salió todos los días de Lucena en distintas direcciones buscando olivos y sementeras, generalmente intercalando el paseo entre sus múltiples visitas a las tiendas como agente comercial. A veces le acompañábamos toda la familia, y era nuestro guía y director de la ruta: “Hoy por el viaducto. Otro día subiremos al cerro Hacho”. Cuando una planta, cultivo o animal tenía algún carácter especial, se paraba a



explicarlo. En invierno no le importaba mucho que amenazara lluvia; casi lo prefería. Recuerdo la imagen de un día, regresando de la Sierra, con un chaparrón impresionante y todos comiendo naranjas bajo los paraguas, con la risa feliz que él nos contagiaba. En las grandes nevadas de los años cincuenta y sesenta, mi padre y yo fuimos de los primeros que salimos a los campos para mojarnos las botas en ese elemento tan desconocido en nuestra tierra.

No es casual que una de sus primeras poesías fuera “Déjeme usted aquí en el cerro”. Fue una declaración de principios. Aunque no lo dijo nunca, sabíamos que en parte el protagonista de la composición era él, que se sentía más a gusto en el ambiente natural y sin artificios de un cortijo que en el de una gran ciudad. De joven vivió muchos días en el campo, recorriéndolo de forma incansable. Con catorce años ya iba solo por los caminos con su caballo. Cazaba, vigilaba las labores, andaba casi todo el día entre los olivos y después volvía a veces a Lucena, ya de noche, recorriendo diez kilómetros. Tuvo que ser muy feliz en esa época. Después, ya mayor, le daba pena que se mataran pájaros, y apenas hablaba de caza, pero el amor por el campo siempre le acompañó. Le llevábamos en coche a los sitios que él había recorrido de joven y veíamos en su cara la felicidad de los recuerdos.

## Religiosidad



***Dios baja a beber al río,  
busca la sombra del árbol  
y reconstruye los nidos.***

El carácter directo e intuitivo de mi padre se descubría especialmente en sus sentimientos religiosos. También en esto tenía sus líneas rectas, que le permitían una relación de hijo con Dios y con su Virgen de Araceli. No necesitó más teologías ni catecismos que el sentarse en una piedra del camino y observar la creación a su alrededor. Dios existía porque estaba ahí, entre los olivos. Su Virgen también estaba ahí, donde tenía que estar, en su ermita, vigilante de los campos y las vidas de su gente: “Niño, coge el coche y vamos a ver a Mamá Araceli”- me decía – y yo le veía con igual unción arrodillarse ante la Virgen, pedirle en silencio él sabría qué ayudas, y luego disfrutar la naturaleza alrededor de su santuario y quizás inspirarse en ella para su próximo romance.

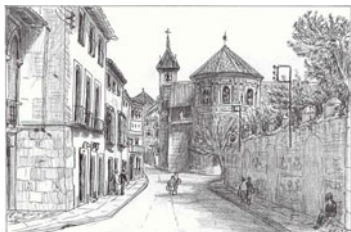
Tanto los temas de la Semana Santa como los de la Virgen los vivía de una forma muy humana, y eso se ve reflejado en sus poesías. Los Cristos eran sufrientes, las Madres dolorosas y guapas, el Niño Jesús juguetón y los ángeles traviesos. Nada

demasiado sobrenatural. Que era Dios el que sufría lo daba por descontado, pero le interesaba especialmente su tragedia, sus sentimientos, más que la teología de la salvación que había detrás. Y además, en su poesía, hacía participar a toda la naturaleza de la tragedia. Ni la última hierba del campo podía estar indiferente ante el drama de la Pasión o el esplendor de la Virgen.

Por motivos familiares tuvo sentimientos especiales con la Virgen de Piedra. Al verla en la calle se le removían sentimientos de recuerdos de sus seres queridos ya ausentes, muchos de los cuales fueron fundadores de la cofradía matriz en la que esa imagen estaba integrada. Mi padre tuvo la especial desgracia de perder a sus padres y hermanos de forma muy seguida y siendo él todavía relativamente joven, y esa Virgen era como un testigo del paso de ellos por la vida.

Nunca fue persona de muchas cofradías ni parroquias. Le recuerdo sólo en la Junta de la Cofradía de la Virgen de Araceli, pero pocos años, aunque llevaba siempre el escudo de la Virgen en su chaqueta y todos los meses de Mayo comenzaba el día con una visita a su Madre en la Parroquia de San Mateo, y estoy seguro de que no eran padrenuestros ni avemarías lo que le contaba, sentado en el último banco, sino que habría un diálogo directo del que sólo ambos sabían el contenido. Después, como Cantor de la Virgen expresaría todo eso en sus poemas, pero ese momento sólo era suyo, sin posibilidad de ser compartido. Ella lo protegió con su manto, le acompañó en su muerte y lo arropó en su entierro, aquella tarde de abril, esplendoroso día del libro, que escogió para despedirse.

## La guitarra



***Aire de limón y noche.  
A los azahares sube  
el temblor de tus acordes.***

Desde pequeño tengo la imagen de mi padre tocando la guitarra y enseñando a otros. Por mi casa pasaron muchos alumnos, aunque él decía que sólo dos habían aprendido realmente a tocar. También me enteré muy pronto de que una guitarra unió a mis padres. Comenzaron siendo profesor y alumna, después compañeros de orquesta y finalmente pareja enamorada. Con el poema “Tu guitarra y la mía” mi padre expresó claramente su emoción al recordar su encuentro. Por eso esta afición musical se vivía en mi casa con la misma naturalidad con la que íbamos al cortijo a la trilla o le veíamos hacer pedidos en las tiendas de comestibles. Era parte de nuestra vida familiar, y muy importante. A los hijos nos enseñaron solfeo y guitarra, lo que nos dio gran facilidad para poder entender mejor la música clásica.

En su relación con la guitarra mi padre fue menos lírico que con la poesía. La tocaba con dominio. No es que buscara el virtuosismo, pero le encantaban las piezas sonoras, brillantes, como “Asturias” de Albéniz o “Recuerdos de la Alhambra” de

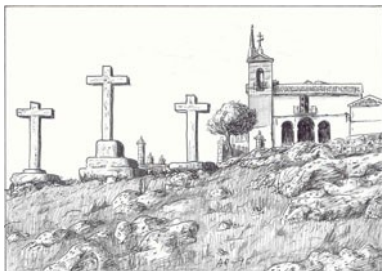
Tárrega. Obras más sencillas, más íntimas, como los “Preludios” del mismo Tárrega, le interesaron menos, salvo “Adelita” y “Lágrima”, que las tocaba con devoción. Recuerdo que a veces tocaba la guitarra mientras nos preparábamos para salir y tenía que esperarnos. Cuando al fin estábamos dispuestos y terminaba de tocar, lo hacía con varios acordes fuertes, casi agresivos, como diciendo: “Ahí queda eso”. Evidentemente también le veíamos emocionarse con otras piezas más románticas, pero siempre menos que con la poesía.

No sólo le gustaba la música que él ejecutaba, sino también oírla. En mi casa fuimos de los primeros en conocer la emisora de Radio Clásica. Yo llegué a aprender con él todas las zarzuelas y gran parte de la música española, especialmente Falla, Granados, Turina y Albéniz. También pasaba muy buenos ratos con su cuñado Fernando Chicano y con su sobrino Antonio Villa oyéndoles tocar el piano. Colaboró con ellos y con el maestro Moya aportando la letra de algunas de sus canciones, y tenían largas conversaciones sobre temas musicales. Tengo un gran recuerdo de tardes pasadas en casa de Antonio, alternando la audición de discos con comentarios de todo tipo e improvisaciones al piano. Le he agradecido siempre esos momentos tan felices que regaló a mi padre.

En mi casa siempre hubo recuerdos constantes de la pertenencia de mis padres y mis tíos a la orquesta de “Los amigos del Arte”, con el maestro Gordillo, en los años 30. Siempre había una buena ocasión para recordar aquella “Boda de Luis Alonso” en el Teatro Duque de Rivas de Córdoba, su gran éxito, o las múltiples anécdotas vividas por todos ellos en esa época. Con Gordillo mantuvieron mis padres una buena amistad durante toda su

vida, siendo frecuentes sus visitas a mi casa cuando volvía a Lucena, y recordaban las serenatas que daban en aquella época y hablaban de los amigos perdidos. Siempre he asociado con mis padres todo el movimiento poético y cultural que comenzó con la generación del 27. Cuando veo un documental sobre esa época de ilusión en la que eran jóvenes y se conocieron entre notas de guitarra, tengo un especial recuerdo emocionado por toda aquella juventud, que se topó de pronto con la guerra y tuvieron muchos que cambiar las guitarras y bandurrias por los mosquetones.

## Lo suyo



***Caminar por tus veredas,  
pisar la luz de tus campos  
y dormir bajo tu tierra.***

El amor fundamental de mi padre fue su familia, y dentro de ella, mi madre. No se concibe su vida sin ella. Le aportaba el amor, apoyo y sentido práctico que completaba su vida, a veces despreocupada, de poeta. Fue para él esposa, amiga y al final, enfermera. Para ella escribió el que puede ser su mejor poema: “Las manos de mi esposa”. Basta leerlo con atención para adivinar lo que significaba su pareja. Después, como es natural, sus hijos y sus nietos. No fue un padre especialmente expresivo.

Su cariño era sereno y permanente, y callaba parte de sus sentimientos. Sus reacciones ante éxitos o problemas nuestros las conocíamos frecuentemente por referencias de mi madre o de terceros.

Mi padre nunca se hubiera imaginado fuera de Lucena. Para él su pueblo era algo único. Pero no era un localismo militante, de los que le llevaran a discutir o a despreciar a los demás, sino que estaba basado sólo en sentimientos. Y dentro del pueblo, su calle y su casa. Tenía necesidad absoluta de su casa. Cuando salía de ella contaba los días que le faltaban para volver. Tenía que ver su patio, regar sus macetas y reposar en sus butacas, y así era feliz, especialmente en los últimos años de su vida. Nunca pensó en dejarla, aunque su antigüedad hiciera que resultara caro mantenerla. A base de continuos encalcos, reparaciones y reformas logró mantenerla viva para poder morir en ella. Al final logró su deseo, como él quería, lejos de los hospitales y rodeado por los suyos.

El naranjo de nuestra casa en la calle Jaime era el único que sobrevivía en los alrededores, y se refugiaban en él muchos gorriones para pasar la noche. Esa presencia era muy valiosa para mi padre. Recuerdo aún impresionado que poco antes de morir el alboroto de esos pájaros le sacó de su sopor, y les dirigió lo que pudo ser su última mirada. Le doy a este hecho un carácter simbólico, pues retrata lo que fue esencial para él y el signo de su saber vivir.

Alrededor de este centro que era su casa y su pueblo, le podían gustar más o menos otras realidades, pero siempre las valoraba según la cercanía a Lucena. Cuando hablábamos de fútbol, decía que si jugaba el Madrid contra el Barcelona, él quería que ganara

el Madrid, si era contra el Sevilla, apoyaría al andaluz, pero si el Sevilla o el Betis jugaban contra el Córdoba, él iría con los suyos, y así seguía hasta Cabra contra Lucena. No entendía, por ejemplo, que en los años cincuenta hubiera en Andalucía tantos partidarios del Bilbao, por entonces permanente Campeón de Copa, ni tampoco que los equipos tuvieran jugadores de fuera de su tierra.

Le interesaron todas las expresiones de la cultura lucentina, aunque no participara activamente en algunas de ellas. Por ejemplo, nunca tuvo presencia activa en la santería. Quizás su gran estatura le impidió integrarse en las cuadrillas. En realidad, no recuerdo muchos comentarios suyos sobre temas santeros. Sin embargo, en su poesía el santero está presente de forma continua, pero como visto desde fuera por un espectador sensible que aprecia la belleza del momento pero que no es actor en el mismo. El flamenco le interesó más como guitarrista, aunque su formación fue clásica y no practicó la guitarra flamenca, pero le gustaba oírla. No recuerdo en él grandes entusiasmos con las ferias. De todos es sabido cómo ironizó sobre la Feria del Valle en su célebre poesía. Le gustaban más los toros, ya que vivió ese ambiente con su padre. Yo creo que la Semana Santa y el Día de la Virgen eran sus fiestas preferidas.

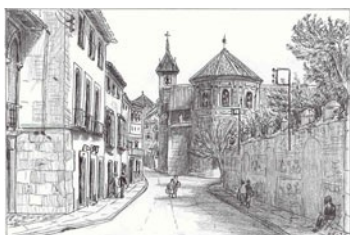
Donde yo veo a mi padre más lucentino es en el uso del lenguaje. No sólo por el acento y la pronunciación, que daba a su voz una sonoridad especial y una música de sentencia solemne, sino en los giros, las metáforas o la frase ingeniosa rápida. Poseía el ingenio sentencioso del cordobés de siempre, pero muy rápido. Disparaba un comentario, una palabra adecuada o una broma con una rapidez que desconcertaba. Había personas en el pueblo



que hasta se preparaban para sus encuentros con mi padre en la calle y era digno de ver los esfuerzos que hacían por responderle con la misma rapidez y acierto.

La Lucena que más le gustaba a mi padre era la del pueblo llano. Le atraían los ambientes populares, como el del mercado de abastos, también recogido en una poesía, y toda la gente con la que se encontraba y para los que tenía una frase rápida o un comentario. Si paseaba por el campo se interesaba por los trabajos que se estaban ejecutando y preguntaba por las variedades de las semillas y las técnicas de las labores. A veces algunas personas no entendían bien ese interés, pero generalmente se iniciaban conversaciones muy jugosas que hubiera sido interesante poder grabar.

### **Su poesía**



***Las palabras van de fiesta  
con las palmas de tu rima  
y tu canción de poeta.***

Mi padre se dio a conocer como poeta con más de cuarenta años. Un día, teniendo yo ocho o nueve años, descubrí que entre las poesías de los libros y las antologías, se hablaba en mi casa de otras nuevas, distintas, escritas por mi padre: “Festejos lucentinos”, “Déjeme usted aquí en el cerro”,... No lo entendía al

principio y creo que tardé en lograrlo. Constituyó una novedad muy importante, y desde entonces presenciaba a diario una nueva tarea en la mesa estufa: mi padre, silencioso, con una hoja de papel y un lápiz, llevaba la cuenta de la rima, y cuando estaba satisfecho, escribía y escribía largas tiras de versos con tachaduras enormes, que después pasaba a limpio y entregaba a mi tía Mercedes, que los devolvía al día siguiente, escritos a máquina, y se los presentaba con cierta solemnidad. En esos momentos mi padre, que nunca quiso recitar en público, lo hacía para su familia, y la pequeña sala se llenaba con su voz, levemente alterada, que insuflaba musicalidad en las viejas paredes que el brasero apenas podía calentar: Mi padre era poeta.

Por toda la casa, en hojas de calendario, en albaranes sin estrenar o facturas caducadas, fueron apareciendo romances, sonetos, quintillas, coplas,... que después pasaban al cuaderno en limpio y a las copias a máquina. Durante los años cincuenta y sesenta mi padre tuvo un ritmo de creación muy fuerte. A las poesías íntimas, familiares, se fueron uniendo las que imaginó para toda la vida de su pueblo y que se fueron publicando en la prensa local. Vino luego la publicación del primer libro, el prólogo de Pemán y su negativa eterna a recitar en público o a presentar su obra en actos culturales. Por eso muchos de sus paisanos sólo lo conocieron por su poesía, sin ahondar en su gran humanidad, aunque la adivinaban a través de los sentimientos que su obra descubría.

Por esa época de los años cincuenta yo le acompañaba mucho en sus paseos por el campo y presenciaba algunos momentos de su inspiración. Recogía las impresiones y después del paseo se

sentaba y escribía. Un día saludó a un muchacho que pasaba vendiendo avellanas por el llanete de San Agustín y al día siguiente había escrito su poema al avellanero. Cualquier pequeño acontecimiento podía dar lugar a una poesía. Así nos educó en la sensibilidad, pues aprendimos que todo lo que sucediera a nuestro alrededor podía tener una expresión poética. Durante el resto de su vida aprovechó siempre acontecimientos familiares como nacimientos, comuniones o bodas para subrayarlos con pequeños versos, casi siempre magistrales, relacionados con lo vivido por la familia. En algunas ocasiones le dejábamos fotos para que las viera despacio y nos las devolvía con unas estrofas maravillosas en el dorso, con lo que se transformaban en recuerdos mucho más profundos.

Cuando un amigo de Argentina le envió el Romancero Gitano de Lorca, prohibido en esa época, su lectura fue un acontecimiento para todos nosotros. A mí, con catorce años, me lo dejaron leer con prevención, por lo de la casada infiel y demás, y me influyó de tal manera que llegué a aprenderme romances de memoria, como el “Romance sonámbulo”, que no entendía, pero me hechizaba. Y en verano, de noche, con el perfume de los limones derramándose sobre nosotros, mi padre elegía un poema del Romancero y lo recitaba con gran solemnidad ante el único auditorio aceptado: su familia. Tengo un recuerdo vívido de la escena, porque algo tuvo que cambiar en mi interior y comencé a escribir también poemas, distintos de los de mi padre, con otras métricas y rimas, y un buen día, en Radio Sevilla, leyeron un poema de cada uno. Creo que fue de los momentos de nuestras vidas en los que me sentí más unido a él.

En sus últimos años escribió miles de coplas, sentado en su butaca de siempre y con mi madre como apoyo permanente. Su poesía se hizo menos descriptiva y más profunda. En una ocasión, preparando yo unas oposiciones, hicimos una competición entre sus coplas y mis problemas de Matemáticas, a ver quién hacía más. Se lo propuse porque sabía que ahí estaba lo mejor de su obra, lo más íntimo, pero también más triste, ya que la muerte presentida y la separación consiguiente de mi madre fueron cambiando el tono de sus versos, algunos de los cuales encontramos después de su muerte medio escondidos. Su último cuaderno, manuscrito y tembloroso, fue su mejor adiós.

### **Especialmente, su bondad**



***Cuando muere un hombre bueno  
pierden colores los campos  
y quedan mudos los cielos.***

En realidad, mi padre fue ante todo un hombre bueno y sensible. Tenía sus defectos, como todos tenemos, pero no recuerdo haberle oído nunca críticas agrias de nadie, y si una persona le caía mal, sólo se permitía un comentario irónico, que casi siempre retrataba perfectamente a la persona. Hacía verdaderas caricaturas con palabras, pero yo nunca percibí mala intención

en ellas. Por el contrario, sus hijos hemos presenciado desde niños sus gestos de generosidad y buen hacer. No tuvo ambición de dinero ni de poder. Se conformó con lo que le dio la vida y supo gozar de la belleza, de sus amigos y su familia sin deseos de otro tipo, que hubieran alterado su forma de vivir sin darle más felicidad.

Nunca cobró por una clase de guitarra, ni por ayudar a otras personas a llevar las cuentas de la aceituna, ni por perfeccionar las poesías que algún aprendiz le diera a leer. Tuvo por eso amigos muy leales. Puedo dar fe de ello. No eran muchos, pero muy cercanos. Se intercambiaban las ayudas y los favores, muy necesarios en los años duros que vivió nuestro pueblo antes del actual desarrollo. Yo fui testigo de mucha solidaridad entre labradores, muchas charlas en voz baja en las esquinas y entradas en los bancos de dos en dos, uno avalando al otro, al que estuviera más apurado en esos momentos. No hubo egoísmos alrededor de mi padre.

Perteneció a varias tertulias del pueblo, en las que encontró los amigos más leales. Eran grupos de personas muy diferentes entre sí, pero que compartían la inclinación a la conversación amena, el dicho rápido o la ocurrencia ingeniosa. Pero compartían algo más y se notaba claramente el interés que mostraban unos por otros. Recuerdo que cuando mi padre inició el coleccionismo de sellos tenía siempre cinco o seis sitios de Lucena en los que le guardaban con mucha constancia todos los sellos de la correspondencia, que después mi padre se entretenía en despegar y ordenar. El coleccionismo le ayudó mucho cuando llegó a la vejez e hizo que siguiera fomentado amistades de muchos años.

Al haber muerto muchos miembros de su familia, se encontró con orfandades inesperadas a su alrededor y tuvo que hacer de padre bueno con varios sobrinos. Mientras vivió no le faltó la visita periódica de todos ellos, y a mí, uno de los primos más pequeños, me daban a entender que tenía un padre muy bueno. Recuerdo una visita especial, no de la familia, sino de un hombre del campo que venía siempre con demostraciones de gran cariño por todos nosotros, y que yo no me explicaba, pues era un desconocido para mí, hasta que me contaron que mi padre le había dado albergue y trabajo en el cortijo cuando estaba llevando vida de mendigo, pidiendo por los campos.

Nadie elige a sus padres, pero a veces con ellos te llega un regalo especial. En el caso de mi padre, recibí tres herencias culturales que suelo repetir mucho cuando hablo de él: la palabra, la música y los números. Con estos últimos me gano la vida, pero los otros dos se me han dado como una gran riqueza, que compartimos toda su familia. Algunos de nosotros, hijos y nietos, hemos seguido con la guitarra clásica de forma intermitente, y a veces con la poesía. Pero no son las actividades culturales las que más importan. Hay un legado fundamental recibido de mi padre, superior a sus aficiones y destrezas, y es el habernos dejado lo mejor de sí mismo, esa sabiduría especial que nos contagió y que consiste en conocer dónde está lo mejor de la vida.

***Cuando me duele tu ausencia  
busco vivir en tus versos  
lo que la muerte me niega.***

DE SU HIJA CONCHI

### **Ciruelas verdes**



Lo conservo como uno de los recuerdos más entrañables de mi niñez. Cuando mi padre volvía de la “Cañá de los Pinos”, yo iba corriendo al aparador... y allí estaban mis ciruelas verdes. Yo sentía pasión por los sabores ácidos y él era cómplice de ese capricho.

Por fin llegó el día en que pude conocer ese paraíso: la Cañada de los Pinos. Mis padres habían considerado que ya tenía edad para andar, sin cansarme, el tramo que iba desde donde nos dejaba “el coche Córdoba” hasta el cortijo. Aún recuerdo ese día en el que viví paso a paso, de la mano de mi padre, todo lo que me había contado mi familia después de pasar temporadas allí. Todos los nombres, todos los recodos... La rama del ciruelo que desde detrás de una valla caía al camino, los garbanzos verdes, las habas de la propia mata, los trigales, los olivares... forman parte de los sabores y olores de mi niñez. Ir con él era como abrir un libro de ciencias naturales.

Llegamos al cortijo y mi padre se fue a vigilar la era – ¿Tendríamos brisa para aventar?–. Yo descubrí ese viejo molino de aceite, lleno de leyendas y misterio, la bodega, la higuera y el “monte de las pajitas”. Ninguna de estas cosas me decepcionó y, además, allí estaban Luisita y sus hermanos para jugar.

La era, un lugar que yo tenía idealizado por todo lo que me había contado mi hermano, tampoco me defraudó: subir al trillo y enterrarme en paja con Luisita fue algo inolvidable. Por la tarde volvimos por el mismo camino y esperamos sentados a la sombra de aquellos álamos negros, maravillosos, que entonces adornaban la carretera. Papá, con su enorme mano en alto, paró a la Alsina y volvimos a Lucena.

Las manos de mi padre eran, sin duda, vistas desde mi niñez, las que nos sostenían con fuerza al subir “vallaos” y cerros, las que tocaban como nadie la guitarra y las que –ayudadas por su navaja– igual me hacían un silbato de la vareta de un olivo que un canastito con el hueso de una aceituna.

Le gustaba observar tanto el suelo como el cielo. Buscábamos juntos pedernal, cuarzo, yeso cristalizado y otros minerales, y probaba su máxima dureza haciendo chispas con el canto de su navaja. Al cabo de los años he conservado la pasión por la naturaleza que me inculcó mi padre. En mi casa del Valle del Tiétar ya no hay sitio para más piedras y disfruto en las fincas de mis amigos de las higueras, membrillos y olivos que también crecen ahí.

Mi padre no era tan serio como aparentaba. Se reía de todo y de todos y le gustaba, a su modo, hacer travesuras. Recuerdo una vez que entró en casa con un tomo de la Espasa de la biblioteca



del Ayuntamiento (a pesar de que estaba prohibido, convenció a su amigo el bibliotecario para sacarlo). Otro día me llevó, siendo muy pequeña, detrás de la Virgen en su entrada por la Plaza Nueva, entre los cohetes, debajo de su chaqueta. Todavía recuerdo el ruido, los colores, el olor...

Luego crecí y dejé de ser una niña. Ya no cabía en su chaqueta y su mano ya no me sostenía. Pero ahora, a los sesenta años, me siento más cerca de él. Mis manos son iguales que las suyas, aunque más torpes. Hago poesías con mis nietos y camino con ellos por los senderos enseñándoles el nombre de las cosas. Todo lo que ahora soy se lo debo en gran parte a él. Escribo detrás de los papeles de los bancos, antes que en un immaculado folio y guardo cuidadosamente el envoltorio y la cuerda de los paquetes como él hacía.

Mis nietos, aún pequeños, van poco a poco conociendo a su bisabuelo, y estoy segura de que esta página web que ha creado mi hermano con tanto cariño y tantas horas de trabajo ayudará a ello. Estoy encantada y agradecida a todos los que han colaborado o simplemente se asoman a ella. Gracias a todos.

Conchi

DE SU NIETO ANTONIO JAVIER

### **¿Sabes abuelo?**

Recuerdo publicado por su nieto Antonio Javier Roldán Calzado en su blog "La Máscara del bufón"



Existe una calle en Madrid, la Cuesta de Moyano, donde descansan los libros abandonados y donde miles de autores son rescatados del olvido por los visitantes curiosos. Aunque seguramente nunca encontraré allí su nombre, en estas fechas en las que se celebra el Día Internacional del Libro, quiero recordar a un poeta muy querido para mí.

Mi abuelo se fue hace veinte años. Dicen que, cuando se alejaba de nosotros, los pájaros que jugueteaban entre las ramas del limonero se alborotaron súbitamente ante la llegada del poeta. Era el Día Internacional del Libro del año 1988, cuando fue enterrado en el cementerio de Lucena (Córdoba).

Hay personas de las que aprendes de sus silencios, de sus miradas perdidas o de las semillas que te dejan por el camino. No sé si es mi memoria de niño y adolescente la que me traiciona, pero le recuerdo así. Caminar con él era una lección magistral del amor a las pequeñas cosas, como el vuelo travieso de un gorrión, la flor que se buscaba la vida entre las piedras o las pinceladas que la tecnología te descubría en cualquier cachivache.

Su casa era la prolongación de sí mismo, tanto que a través de cada uno de sus rincones aprendí a conocerle y quererle, aunque debo reconocer que he sabido comprenderle con el paso del tiempo. Siempre me extrañó su resistencia a mudarse a Madrid pero ahora, cuando leo sus poesías y veo la capital con ojos de adulto, comprendo que su pequeña patria estaba junto a aquel patio de jazmín, azahar y vida.

Cuando meses antes de morir pude presentarle a la que hoy es mi pareja, apenas dijo nada. Le ofreció su casa, lo que equivalió a entregarle su corazón, y me dejó una breve poesía, con su letra ya temblorosa, dedicada al amor que yo sentía por ella. Otra persona me hubiera dicho lo guapa que era o la buena pareja que hacíamos, pero él prefirió regalarme parte de su alma en unos versos.

Siendo niño, viviendo yo lejos de él, a 472 km de los de antes, recuerdo la llegada desde Madrid como una peregrinación al reino de la felicidad, donde mis cuatro abuelos preparaban sus casas para que sus nietos viajaran al país de las maravillas, paraísos de imaginación, juegos y secretos que todavía hoy aparecen en mis sueños. Él sabía que en los paseos me gustaba que me llevara a ver las cocheras de los autobuses y por eso en una de mis visitas mis abuelos me habían construido todo un garaje para mis coches de juguete que conservé hasta que las hormonas me hicieron cambiar de intereses.

¿Sabes abuelo? Ahora estoy intentando escribir. Nunca lo haré como tú, pero me hubiera encantado que me aconsejaras. Estoy publicando algunas cositas en Internet. En una de ellas hice un homenaje a tu casa, que es como hacérselo a ti mismo. Te lo

dedico desde la memoria del niño que fui y que todavía viaja en la memoria al reino de la ilusión:

“...Abrió la ventana de doble hoja y se asomó a la barandilla del balcón que daba al patio. Su presencia fue saludada por decenas de pajarillos que se movían por la copa de un viejo naranjo que reinaba entre aquel oasis de vida. Gruesas alcayatas herían las immaculadas paredes sosteniendo los más variados y caprichosos recipientes, cuyo único parecido era el hueco que servía de asilo a una porción de tierra donde anidaban geranios blancos, rosas, rojos, damas de noche, helechos y otras plantas que no recordaba haber visto nunca. En el centro del patio un pozo descansaba bajo una chapa de hierro verde sobre la que había más tiestos que casi pasaban inadvertidos por los grandes macetones que rodeaban al conjunto. El aroma de las flores de azahar acompañaba al aleteo de los pájaros y las voces del patio, repartiéndose por los demás balcones de la casa, compitiendo con las gitanillas de flores multicolores que se derramaban por los barrotes como si cualquier rincón que no hubiera sido bendecido por la primavera hubiera quedado maldito hasta el invierno. Había conocido en Francia grandes jardines con variedades exquisitas, incluso pequeños espacios como aquel en las casas del sur, pero nunca hubiera imaginado que la resurrección de la naturaleza se tornara en explosión de vida en una simple lata de aceitunas vacía o en media botella de plástico colgada de una guita a un clavo oxidado... (“ El prisionero entre lágrimas de cera ”)

(Dedicado a mi abuelo, el poeta Antonio Roldán Manjón-Cabeza en el Día Internacional del Libro, y a mis otros tres abuelos por dejarme miguitas de ilusión por la vida.)

## DE SU CUÑADA MERCEDES MARTÍNEZ

Antonio Roldán

Semblanza de su cuñada Mercedes Martínez Manjón-Cabeza



Trazar su perfil es muy difícil. Tenía una personalidad fuera de lo común, tan rica interiormente, que, procuraba guardarla celosamente para que no saliera al exterior. Su faceta más dominante era su gran humildad; su estilo de vida; su sencillez. Dotado por Dios con una sensibilidad exquisita, dio rienda suelta a su sentimiento poético, de una forma tan natural, que era como el correr del agua, mansamente, sin estridencias, por el cauce del río.

Desde niña lo traté. Fue para mí como el hermano mayor que nunca tuve. Al entrar a formar parte de mi familia, al casarse con Concha, mi hermana, se estrecharon los lazos que me unían a él. Lo admiraba profundamente. Fui, luego, su fiel colaboradora. Su obra poética -toda- la conocí de primera mano. Le pasaba a

máquina los originales que escribía a mano, y fue la constancia en este trabajo, tan especial, la causa de que descubriera y amara la poesía, y la siga amando.

Sus versos tocaron todos los temas. Lo mismo dibujaba, con maestría -como una acuarela- aspectos de la vida cotidiana, de la vida rural, como se elevaban al cielo para glosar la imagen de la Virgen de Araceli -su Musa, su Estrella- la Patrona de Lucena, que tanto amaba.

Coplillas, cantares, saetas, romances, todo salía de su alma, de su corazón, como un manantial que no cesa, pero, de entre todos, destacaría sus sonetos dedicados a los amores de su vida. Perfectamente medidos, perfectamente contruidos y plenos de sentimiento.

A pesar de que escribo con asiduidad, nunca he conseguido hilvanar un verso en mis artículos. No lo he intentado, porque no poseo, lo sé, este maravilloso don.

Antonio Roldán. Hombre cabal, hombre sabio, hombre sencillo. Un gran poeta de su Pueblo. Nació en Lucena, y murió en Lucena. Su muerte fue dulce. Se fue en un día primaveral, teniendo cerca su limonero y las manos de su esposa.

Ostentaba el título de "Cantor de la Virgen" y el féretro estuvo arropado por su Bandera. Era digno de este honor.

Con mi recuerdo más sentido

MERCEDES

### **Leyendo tu libro**

Comentario de Mercedes Martínez Manjón-Cabeza sobre el libro "A la luz de mis velones".

Publicado en "Producción" con carácter anónimo (firma X.)

Tengo en mis manos tu libro. "A la luz de mis velones" lo titulas y ha bastado leer el título para que, antes de leerlo, me resultase simpático. No podías darle otro mejor. Con él quedaste unido a Lucena, unido como siempre lo estuviste.

¿Qué tienen tus versos, Antonio Roldán? ¿qué tienen que tanto atraen, que tanto apasionan? Comencé a leerlo...

Cuando prendida mi alma en esa maravillosa décima de Pemán, que lo prologa, me adentré en sus páginas, un deseo ardiente de seguir, nació muy dentro de mí, como si algo misterioso me empujara, y fui leyendo, mejor dicho, saboreando tus poesías... me sentí a gusto con ellas...

He llorado contigo cuando desgarras tu alma ante el doloroso recuerdo de aquellos amores tan tuyos, que Dios se llevó. .. Me he emocionado con "Las manos de mi esposa", ese verso hondo y a la par sencillo que nos habla de un amor grande, bueno, hacia la compañera de tu vida; he sentido dolor profundo al conjuro de ese canto triste y apasionado que dedicas a "Perico el Gitano", el hombrecillo viejo, feo, rechiquitín al sólo le faltaba cuerpo para albergar su alma grande de artista; me he reído a carcajadas contigo al leer las peripecias del pobre Nicasio en "Cada uno cuenta de la Feria"... estampa realista de algo que todos conocemos por propia experiencia; me he sorprendido al oír "Lo que habla un pescaero a la hora de la venta", entre gritos y piropos a las mujeres guapas; he rezado contigo ante ese "Cristo de la Sangre" que también supiste ver en su horroroso martirio; he amado, aun más si cabe, a Nuestra Virgen de Araceli, -tu Musa, poeta, tu Estrella -, cuando veo cómo tu la cantas y la veneras en esos versos que le dedicas con lo más puro de tu inspiración fecunda; he sentido envidia sana, al oír el dialoguillo de "Un Chavalillo en la Ermita" con la Virgen bonita, la porfía del chiquillo para llevarse al Niño chiquito o jugar, esa sonrisa de esperanza en los labios de Ella...

Cuando yo mi alma estaba saturada de luz, de belleza, de amor, de devoción, cuando mis dedos inquietos pasaban hojas y más hojas, y otros muchos versos hermosos acariciaron mis ojos,



como un estallido radiante, como una gigantesca rueda de fuegos artificiales, se abre ante mi el ramo esplendoroso de las "Ocho rosas" que dedicas a Andalucía... Fuegos de artificio que no se deshacen en el espacio, sino que se van metiendo poco a poco por las rendijas del corazón. Con un puntero de luz has ido, Antonio Roldán, dándonos una lección de geografía en el mapa cuajado de flores, de risas, de colores. que exaltó tu fantasía al señalar Andalucía... Ese haz de luz pura, que llevaba tu pluma, nos ha hecho ver todo lo bueno de nuestra tierra, haciendo desaparecer como por arte de magia tantas sombras como han puesto en ella. Así es Andalucía. Como tú la cantas en esos ocho versos cálidos, maravillosos que no olvidaremos.

Sigue adelante, Antonio. Sigue por ese camino... y si algún día se extingue la luz de tus velones, no te preocupes... sigue escribiendo a la luz de tu corazón.

X.

## DE SU SOBRINO FERNANDO ROLDÁN LÓPEZ



Un día de julio nos cruzamos con mi tía Concha y mi tío Antonio por la calle el Peso y tras los usuales saludos y en tono entre serio y preocupado me preguntó "¿no habrás visto al hombre que vende las nueces?", yo le respondí que no entre las risas de mi tía y mi madre, luego comprendí la chanza, que como todas las suyas nunca ofendía y siempre hacía gracia hasta al que la padecía.

También lo recuerdo dándonos algunas lecciones de guitarra a mi hermana Pili y a mí en la sala baja de su casa, asistíamos más por el interés de mi padre que por el nuestro, éramos muy pequeños pero no por ello nos trataba con deferencia o poco interés, al contrario, un día mi hermana le espetó, "Tito, ¿cuánto hay que practicar para aprender a tocar bien?", y él sin darle mucha importancia le contestó "hasta que te huelan los dedos a ajo".

En pocas ocasiones más coincidí con mi tío Antonio, alguna visita a su casa con mi padre, me encantaba por lo tranquila y fresca, por el perchero de la entrada y el patio con la reja y el limonero,

aunque fueron pocos y breves estos momentos los conservo muy frescos, quizás por su simpatía, con ese aspecto algo desgarrado pero impresionante por su altura, y ese vozarrón de hablar pausado, quizás por el gran cariño que mi padre le profesaba y que se reflejaba en su forma de hablar de él, quizás porque hay personas que por ser buenas nos inspiran, incluso con su recuerdo, todo eso que buscamos en el arte, la sensación de que la vida es realmente hermosa y merece la pena, por esos raros momentos de serena paz en los que podemos disfrutar de la belleza.

## DE SU AMIGO JUAN LÓPEZ JIMÉNEZ

Antonio Roldán - Su vida y obra

Semblanza de su amigo Juan López Jiménez "Juanele"



De éste mago de la poesía andaluza, popular y satírica, es muy poco lo que se sabe, ya que hasta ahora solamente han sido tres los libros que han visto la luz pública: Primero uno editado en el 1.956, por el Excmo. Ayuntamiento de Lucena, que presidía aquel buen alcalde, que fue, don Daniel León Gutiérrez, y que lleva el sugestivo título de: "A LA LUZ DE MIS VELONES". A La Luz de los Velones, de Lucena, había escrito Alfonso X "El Sabio", sus célebres cantigas. En "A La Luz de mis Velones", se recogen sus más importantes primeros versos, escritos entre 1.948 y 1.956, aproximadamente. Luego apareció otro, escrito en colaboración con otros poetas, editado por la Editorial Rumbo, de Barcelona. Como igualmente, por aquellas fechas, aparece un minúsculo y precioso librito, editado por la "Asociación Familia Andaluza" de Bragado, Argentina, con su bella y definitiva composición

dedicada a Andalucía, "OCHO ROSAS". Una joya de librito, que yo conservo, dedicado de puño y letra del autor de "OCHO ROSAS". Como igualmente tengo dedicado, con su habitual satírica dedicatoria del que fue mi gran y noble amigo, además de maestro, Antonio Roldán.

Después, en 1.993, otro Ayuntamiento de Lucena, en su valiosísima colección de escritores y temas lucentinos, ha editado otro precioso y bien cuidado libro con la casi total obra del inspirado poeta lucentino, cordobés y andaluz, Antonio Roldán. Edición muy bien cuidada y bellamente editada, con una acertadísima y sabia visión de la obra, de la poesía de Antonio Roldán, y una semblanza de la misma, escrita por Antonio Cruz Casado, en la que fielmente refleja la lira de la poesía de Roldán, que como buen conocedor de la anterior y presente generación de poetas españoles, considera al autor de "A la luz de mis velones", como a un poeta genial, al que cree ver en la línea sublime de García Lorca. Pero así como Antonio Cruz Casado hace un canto acertadísimo, coherente y maravilloso, en suma, de la obra de Antonio Roldán, ignora en cambio, - tal vez por no haberle conocido personalmente - su personalidad, su noble clase humana y su vida, en resumen. Ya que el poeta, Antonio Roldán, por encima de su gran obra fue un ser humano circunstanciado por la época en la que le tocó vivir, en las vorágines de aquella evolución de la Andalucía feudal y latifundista a la de la decadencia del campo.

De ahí, que si conocemos mejor al poeta, valoraremos mucho más su obra, como así mismo, cual ha sido la observadora razón de la misma. La poesía de Antonio Roldán está inspirada en el amor a los suyos, a lo suyo. El amor a las cosas, a las tradiciones, el amor hacia el bien de su pueblo, el amor hacia las cosas, el amor hacia lo sencillo y desenfadado, hacia lo humilde y desenfadado. En su poesía no se ve negrura, ni amargura, sino metáfora crítica, en forma de sátira humorística, sin otras intenciones que la condena burlesca.

También, a veces, su poesía es sentimiento íntimo, como devocional. como se da en el caso de las composiciones dedicadas a su familia, o las de temas procesionales de Semana Santa, donde va mezclando la plegaria con la saeta y el dolor. Y muy especialmente todo lo dedicado a la Virgen de los Lucentinos, a su Virgen de Araceli. Porque Antonio Roldán fue un hombre bueno, mejor que la época y las circunstancias que le tocaron vivir. Fue un hombre bueno de verdad. No obstante, pienso que feliz, dentro de la felicidad que en la Tierra se puede alcanzar, Su canto así lo demuestra con su agridulce verbo. Y fue feliz por dos principales motivos: uno; su inquebrantable fe en Dios y la Virgen, y otro, muy importante, el haber tenido la suerte de haber encontrado a Concha, de haberse encontrado los dos. Concha lo fue todo y más para él, que al perder a su idolatrada madre se había quedado muy solo, por lo que Concha fue para él su sostén, su amiga, su compañera, su musa, su vida y su amor; en suma.

Concha también está tocada por esa varita mágica de la dulce y noble sensibilidad de las personas de buen gusto, que más que amaba, practicaba el bello arte de la música de cuerda. Ella, también ha sido una inspirada rapsoda de los instrumentos musicales de cuerda. Como sensible y enamorada de la lírica poética. Cuando aún eran novios encuadernaron más de un tomo con la recopilación de las más brillantes y bellas composiciones poéticas de diferentes e importantes vates.

## DE FRANCISCO LÓPEZ DE AHUMADA SUÁREZ

Recuerdos de D. Antonio

Semblanza de su alumno de guitarra y amigo Francisco López de Ahumada Suárez



Mi sol do, mi do sol, la si do sol

Mi sol do, mi do la re sol si do...

Tarareo aún aquellas notas con la que nos iniciamos “punteando” en el manejo de la guitarra, que yo no llegué a dominar porque, en aquella rondalla o tuna de nuestro querido instituto, acabé tocando el laúd.

Y recuerdo todavía la insistencia y la paciencia, la seriedad y el buen humor con que trabajábamos aquellas lecciones, muchas veces en la propia casa de Antonio Roldán en la calle Jaime.

Y jamás se ha perdido de mi mente aquel libro suyo, ilustrado por don Juan Carlos Barroso, nuestro profesor de Dibujo del Instituto laboral, pues yo también durante muchos años, al irme de Lucena me lo llevé como un pequeño tesoro, memoricé



muchos de sus poemas y he escrito también y he elaborado a tientas mis primeros versos “A la luz de mis velones”.

¡Oiga! ¡Oiga! Ya está aquí  
lo mejó que da la má,  
El boquerón malagueño,  
la sardina plateá...

Alguna vez aquellos versos se oyeron a través de una emisora de Jaén, pues allí quedó, en un verano del sesenta y tantos, el libro de Antonio Roldán, “A la luz de mis velones”; en manos de un locutor que cada semana declamaba poemas de autores andaluces. Le encantó el libro. Y yo me quedé sin él hasta que lo recuperé muchos años más tarde en el primer volumen de la Colección de escritores y temas lucentinos, en una de mis escasas visitas a Lucena.

Antonio Roldán Manjón-Cabeza, un gran señor, un buen hombre, un magnífico lucentino, un ser enamorado, un poeta.

Antonio Villa dice de él que era introvertido y que rara vez mostraba sus sentimientos. Pues para mí, que conservo de él vagos recuerdos ya, que Antonio Roldán era un ser de luz y transparente y uno “veía” su humildad, su grandeza, su ternura, sin necesidad de que él mismo la trasluciese.

Y yo, que me recuerdo aún ante él un ser pequeño, lo miraba como a un gigante admirable, como un modelo para vivir, como un ejemplo y, en todos los aspectos, como una cima bella e inalcanzable.

Lo veo ya, tras el paso de tantos años, no como a la pobre luz de un velón, de pabilo humeante y de indecisa lumbre fluctuante, sino como una estrella con luz propia en el firmamento de hombres lucentinos y en ese cielo en el que habitan todos los hombres buenos.

Paco López de Ahumada Suárez

DE ANTONIO SUÁREZ CABELLO

La Virgen de la Sierra en el verso de Antonio Roldán Manjón-Cabeza

A Antonio Roldán Martínez



La mirada lírica de los poetas no oriundos de la ciudad de Cabra a la Virgen de la Sierra despierta en mí cierta curiosidad, y más si los oriundos son de la vecina ciudad de Lucena, aunque poetas locales como Juan Soca, Pedro Iglesias o José J. Delgado dejaron constancia en sus versos de la admiración a la Virgen de Araceli. El universo poético-religioso vinculado a las Patronas parece que encuentra en lo espiritual una mejor conexión entre las dos ciudades. Acaso porque este encuentro de versos se produce en la misma bóveda azul protectora de muchos anhelos piadosos.

Hoy queremos acercarnos a los octosílabos del poeta Antonio Roldán (Lucena, 1905-1988), un lírico que se inspiró siempre en lo popular y entrañable de sus gentes y su tierra, y que no obvió dedicarle un poema a la Virgen de la Sierra. Eso sí, compartiendo versos con la Virgen de Araceli. Algo parecido le sucedió a José J.

Delgado (1920-1991), años después, en su poema titulado “Bajo el mismo cielo” (El Popular, 1960) que comenté en un artículo publicado en La Opinión digital hace algún tiempo.

En el horizonte del paisaje de las dos ciudades, que se puede contemplar desde lugares urbanos, siempre aparece elevando su silueta las respectivas ermitas, las casitas blancas que se hacen más atractivos en los días luminosos, así que no es de extrañar que la voz poética del lucentino quisiera unir en su pasión lírica las dos advocaciones. Ya se produjo, hace bastante tiempo, un hermanamiento literario poniendo en el mismo día el nombre de Juan Valera (en Lucena) y Barahona de Soto (en Cabra) a calles céntricas de las respectivas ciudades.

Antonio Roldán acude en la primera estrofa de su poema al cantar lucentino por excelencia: el fandango de Lucena, elevado a la máxima expresividad y grandeza en la voz del cantaor egabrense Cayetano Muriel. Un cantar que para el poeta podría empezar de otra manera:

“No tengas pena ni llores  
si llevas por nombre Sierra...”

Pero si estamos dispuestos a entonar la copla, nada mejor que utilizar versos del poema para interpretar este tipo de fandango, encuadrado dentro del área malagueña según Ricardo Molina, que constituye una forma expresiva de las muchas señas de identidad andaluza:

“Qué bien suena este cantar.  
Este cantar, qué bien suena.  
Dos poblaciones cercanas,  
las dos hermanas gemelas.  
¡Nombres de mujeres guapas!  
¡Nombres de Vírgenes bellas!  
¡Son musas inspiradoras  
con que sueñan los poetas!”

La belleza plena de la Virgen asociada a esa semejanza con la belleza de la mujer de la tierra; el piropo forma parte también de nuestra idiosincrasia. Las “mujeres guapas” de los dos pueblos encuentran el reflejo de su belleza en el líquido transparente o en el amarillento rojizo metálico. La mujer de Cabra “con orgullo se contempla... en la Fuente de su río...”, y aunque García Lorca elogie el agua de Lucena como cristalina, la mujer lucentina, en cambio, ha de buscar su espejo “en el brillo de los bronce”.

En la mitad del discurso poético germina la alusión a las casitas que rompen la linealidad del paisaje en uno y otro horizonte; es la mirada a la cumbre. Pedro Pedrosa, sacerdote lucentino-egabrense, en su canción “La casita blanca”, a la que puso música el maestro Rodríguez, escribía: “La Virgen de la Sierra desde la altura / como plácida estrella su luz fulgura [...] Su ermita es para Cabra faro del cielo, / iris de la esperanza, dulce consuelo / ella guarda la Virgen de sus amores / el bálsamo precioso de sus dolores”. Antonio Roldán, poeta lucentino, versifica en métrica popular esos sitios de permanente culto, y los convierte en estuches que guardan la más preciada joya: su Patrona; también

Divinas Pastoras porque si Jesucristo fue el Buen Pastor su madre, la Virgen, también ha de ser Pastora de las almas:

“Dos Ermitas en las cumbres  
de dos elevadas Sierras,  
son los estuches que guardan  
las más preciadas estrellas.  
¡Las dos madres vigilantes!  
¡Las dos Virgencitas buenas!  
¡Las dos pastoras divinas  
que por sus rebaños velan!”

En los últimos versos de la lectura poética vemos la meditación que da título al poema “Una Virgen y dos Pueblos” (El Popular, 1948): Madre no hay más que una, aunque “Ella su imagen refleja / en dos espejos distintos / para así de esta manera / poder cobijar sus hijos / y tenerlos más de cerca”. Una reflexión que también encontramos en Juan Soca: “La Virgen de Araceli y la Virgen de la Sierra son dos advocaciones en un mismo espíritu, amparo y guía de los corazones lucentinos y egabrenses”.

Nuestro poeta, Antonio Roldán, en su actividad creativa compuso cantares y coplas que pueden servir como plegarias para las dos Imágenes, y no me resisto a transcribir algunos de ellos aunque tenga que hacer una digresión en mi artículo:

“Cuando la muerte me llame,  
dile a mi Virgen bonita  
que no vaya a abandonarme”.

“Ante el altar de la Virgen

me arrodillé la otra tarde,  
a pedirle por mis hijos  
y a rezarle por mi madre”.

“Si vas a la Sierra a verla  
dile que no puedo ir,  
y rézale una plegaria  
por los míos y por mí”.

“Cuando suena la campana  
anunciando el nuevo día,  
pienso en mi Virgen Serrana  
y rezo un Avemaría”.

“Un ramo de rosas blancas  
hacia la ermita subía,  
y el sol me las fue secando  
sin saber bien lo que hacía”.

Volviendo nuevamente al poema, después de este breve paréntesis lírico, encontramos en su parte final al poeta lucentino Antonio Roldán vitoreando a ambas patronas, en un grito conjunto que suena “como un crujir de cañones / que hace estremecer la tierra”:

“¡Viva la Virgen de Aras  
y la Virgen de la Sierra!”

Con estas exclamaciones, que compartimos, finalizamos el acercamiento al poema de Antonio Roldán, cuyos versos nos introducen en ese laberinto de las raíces más populares de los pueblos como son las fiestas patronales y sus devociones marianas.

Antonio Suárez Cabello

[Publicado en la revista "Olé de feria", de CabraDigital, septiembre 2013]



Virgen de la Sierra

Foto: Rafael Luna



Virgen de Araceli

Foto: Joaquín Ferrer



## Publicado en la revista "Araceli"

# PAPELES ENTRAÑABLES

## LUCENA EN LA LITERATURA (XVI)

Por Francisco Sánchez González

*Antonio Roldán*

El año 1956 Antonio Roldán Manjón-Cabeza publica en su Lucena natal y solar, un libro de poemas: **A la luz de mis velones**. Los destellos de este poeta novel de cincuenta años, que ha iniciado su actividad literaria en publicaciones locales sólo unos años antes, iluminan súbitamente el sombrío panorama cultural de una Lucena que por aquellas calendas se desangra en una riada emigratoria.

Los jóvenes de entonces, lectores voraces y casi clandestinos de García Lorca, supimos desde el principio que el verso sencillo de Antonio Roldán bebía en las fuentes de poeta granadino, y no disimulaba su directa inspiración en muchos casos. Lo que por supuesto no reducía un ápice la calidad y el interés de su poesía. Al contrario, transitar por los senderos de García Lorca, era aspiración íntima de muchos de los que despertaban por aquellas fechas a la sensibilidad literaria, y que nadie pretendía ocultar, porque estábamos -y estamos aún- convencidos de que tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, un andaluz tan claro.

Mantiene Antonio Roldán un periodo continuado de actividad creadora hasta 1960. A partir de ese año se recluye en un voluntario silencio, del que sólo salió esporádicamente. El caso de todos modos no es infrecuente. A veces los poetas también crean poesía con el silencio.

Es muy probable que lo último publicado en ese tiempo de presencia activa en los medios locales de comunicación, lo fuera en el nº 35 (febrero de 1961) de esta Revista ARACELI. Es un bello poema en verso endecasílabo titulado **Ante**

**Cristo en la Cruz**, que abrió un número monográfico dedicado a la Semana Santa de Lucena. Transcribo sus cuatro primeros versos, y remito al lector que se interese por el resto a la fuente citada:

*Yo quisiera, Señor, ser el florero  
donde mueren por Tí las rosas blancas,  
y quisiera, Señor, en tu Sagrario  
del fuego que te alumbra ser la llama.*

Realmente su actividad literaria estuvo siempre íntimamente ligada a ARACELI, en la que colaboró asiduamente desde su fundación en abril de 1955. No podía ser de otra manera en quien mereció con toda justicia el título de *cantor de la Virgen de Araceli*.

Pienso que no estorbaría abrir un pequeño paréntesis para dejar constancia de la trascendencia de la Revista ARACELI en el horizonte cultural lucentino a lo largo de segunda mitad de siglo XX. Es una publicación menos conocida de lo que merece, tal vez a causa de un apresurado prejuicio, que tiende a encasillarla en un ámbito de exclusiva propaganda religiosa. Ciertamente, la Revista ARACELI surge y pervive como órgano de la Archicofradía de María Stma. de Araceli, con la finalidad de ser tribuna de la devoción aracelitana. Precisamente por eso, ha sido y es sin necesidad de romper ninguna linde, portavoz de cuanto alienta en torno a Lucena. A estas alturas la identificación lucentino-aracelitano no precisa mayores argumentos.

La Revista se convierte desde sus primeros pasos en vehículo de la inquietud cultural lucentina, con un especial cuidado, apenas superados los iniciales balbuceos, en mantener siempre alto el nivel de la calidad literaria y gráfica; y una

especial preocupación por la defensa del patrimonio histórico y artístico, y de la cultura popular lucentina. *Plazuela literaria* la bautizó en cierta ocasión el inolvidable Antonio Gómez Pulín.

Sin necesidad de entrar en comparaciones con otras publicaciones locales coetáneas, y con todas sus limitaciones -la principal su menguado presupuesto, huérfano de cualquier tipo de subvenciones oficiales-, la Revista ARACELI ocupa por derecho propio un lugar de honor en el patrimonio cultural de Lucena.

Para confirmarlo basta repasar su colección. Lástima de algunos baches en su aparición temporal. El más grave acaecido entre 1964 y 1978. En tan largo espacio sólo ven la luz doce números. Afortunadamente de varios años a esta parte ha recuperado un pulso satisfactorio, que ojalá le asegure un dilatado futuro.

Cerrado el peréntesis, volvamos a nuestro poeta. Que yo conozca, a partir de abril de 1961, sólo rompe su silencio público en contadas ocasiones. En el nº 56 de la Revista ARACELI -mayo de 1973-, recupera su forma más querida, el romance, en unos versos que bajo el título **Golondrinas de alba** componen una poética lamentación por la desaparición del convento de Clarisas, en aque instante o muy reciente, o a punto de producirse.

En 1980, el nº 72 de la Revista ARACELI publica en enamorado canto a su pueblo, que titula escuetamente **Lucena**. donde vuelca sus sentimientos hacia esta Lucena que fue centro nuclear de su alma de poeta. He aquí sus versos finales:

*Fuiste para mí la cuna  
donde jugué cuando chico,  
y ahora mi paz y reposo  
después que tanto he vivido.  
¡Lucena de trigos verdes  
y de los viejos olivos!*

Reaparece más tarde para colaborar en la Revista TORRALBO, que en 1982 pone en la calle su primer número. El ésta otra prestigiosa publicación lucentina que, auspiciada por la Agrupación de Cofradías de Lucena y aún con el ritmo

atemperado de un ejemplar al año, lleva ya quince de relevante presencia en los días inmediatamente anteriores a la Semana Santa. Allí publica Antonio Roldán en tres ocasiones.

La ya dicha de 1982, donde aparece el poema **A la Virgen de las Campanitas**, en 1983, y en 1987. En 1983 su colaboración es triple: **Soledad**, que a su vez comprende dos saetas dedicadas a la Virgen de esa advocación; **Silencio** y **Angustias**, soneto éste último que ya había aparecido en ARACELI en febrero de 1957. Y el número del año 1987, su última presencia pública antes de morir, da a las galeradas un extenso romance fechado en enero de 1951, que titula **Por la calle del Agua**. Relata un pasaje de la procesión de **La Pollinita** el domingo de Ramos; y que yo sepa ni lo incluyó en el libro **A la luz de mis velones**, ni había sido publicado antes. Tal vez fue una decisión deliberada del autor, porque realmente no están ahí sus versos más afortunados. O vaya usted si fue cosa de la censura, tan feroz como suspicaz en 1951, que no viera con buen ojo el uso del nombre antiguo y popular de la calle, en lugar del oficial, asignado, claro está, a un general.

Y por fin es de nuevo la Revista ARACELI soporte de su aparición, esta vez póstima. El número 100, que ve la luz muy poco después de su muerte, incluye bajo el título **Coplas a la Virgen de Araceli** una deliciosa gavilla de poemas con frescor de copla.

En 1992, casi cuarenta años después de la aparición de **A la luz de mis velones**, y cuatro después de la desaparición del poeta, la colección **Autores y temas lucentinos** que patrocina el Ayuntamiento de Lucena, da a luz pública un volumen que recoge la práctica totalidad de su obra.

Se han dejado fuera determinados poemas que se estiman circunstanciales y de menor calidad. Pero además faltan otros muchos; algunos de ellos ciertamente significativos en el conjunto de la labor poética de Antonio Roldán. Lástima de cojera, pues la feliz iniciativa me-

recia redondearse con la obra completa.

Con toda seguridad la lista no será exhaustiva, porque las fuentes documentales que manejo son limitadas, pero me parece oportuno relacionar llas ausencias que he detectado, con el fin de que quien esté interesado disponga de una visión más cabal de la obra poética de Antonio Roldán:

**Un beso con una lágrima** (Araceli nº 7), romance en torno al besamanos de la Virgen de Araceli.

**Flor de sementera** (Araceli nº 9)

**Así es mi Virgen** (Araceli nº 10), romance muy característico del estilo del autor.

**Después que el Niño nació** (Araceli nº 11).

**Angustias** (Araceli nº 12 y Torralbo 1983).

**Tres rosas y un corazón** (Araceli nº 25).

**Con su vestido de nardo** (Araceli nº 32), de acusada sonoridad lorquiana.

**Ante Cristo en la Cruz** (Araceli nº 35)

**Lucena** (Torralbo 1983), que no debe confundirse con el de igual nombre inser-

to en **A la luz de mis velones.**

**Silencio** (Torralbo 1983).

**Por la calle del Agua** (Torralbo 1987).

En cambio incluye el libro comentado un ramillete de versos, que pueden integrarse con toda justicia en concionero popular andaluz, y que en parte permanecían inéditos. Algunos de ellos, los que abordan el tema aracelitano aparecieron publicados en el número 100 de esta Revista, inmediatamente después de la muerte del poeta.

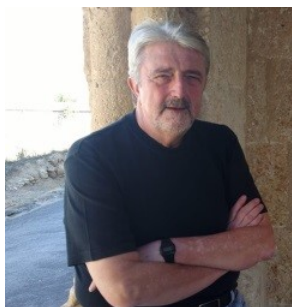
La frescura, la riqueza de su limpia inspiración, verso sencillo que fluye espontáneo, natural, del claro manantial de los sentimientos populares, los inscribe con todo merecimiento, en el círculo de la mejor creación poética andaluza. Un par de breves ejemplos serán el mejor cierre de este comentario:

*En el caminito estoy  
sin saber de dónde vengo  
ni saber a dónde voy.*

*Un amor traigo en el pecho  
y una copla a flor de labio.*

*La copla para que vuele,  
y el amor para guardarlo.*

## RECUERDO DE JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ ZUBIETA



Antonio Roldan Manjón-Cabeza fue para mi padre Francisco y para mí un amigo leal.

Yo le recuerdo con mi padre mirando sellos y hablando en aquel despacho. Los dos eran filatélicos y apasionados coleccionistas. Eso les unió siempre. También caminando juntos por la calle y hablando. En muchas de aquellas charlas estaba yo. Era un hombre tranquilo, sereno, como si ya lo supiera todo de la vida. Les unió hasta la enfermedad.

Yo no sabía entonces que era un poeta extraordinario. Por ello he querido ponerle música a sus bellísimos poemas a la Virgen de Araceli, como homenaje a nuestra amistad.

Para ver el alcance de la personalidad de este hombre bueno, solo comentar que me dio clase de guitarra, pero en realidad me dio mucho más. Me dio el amor a la música, la calma y el sosiego que él tenía en su espíritu. Cuando yo le pedí a mi padre estudiar piano y música y me contestó "además", entró Antonio en mi vida como profesor de guitarra. Quizás mi padre me lo puso para compensarme. Antonio era un intérprete magnífico. Me daba el

método de Aguado, y yo cada día le llevaba además del ejercicio una composición mía. Él me hizo sentir que aquella tendencia mía era posible. Incluso me corrigió una canción que hoy tengo pasada a piano, y que sembró de belleza mi primer amor.

Qué puedo decir más de Antonio. Solo que era mi amigo y que siempre estará presente en mi corazón y mis recuerdos. Y que es un privilegio para mí haber compartido mi existencia con él.

## **Lucena dijo adiós a Antonio Roldán Manjón Cabeza, poeta oculto**

ANTONIO VILLA ALVAREZ DE SOTOMAYOR

**H**OY nosotros te hemos perdido y el pueblo te ha ganado. Como el buen grano de trigo has tenido que morir para que tu fruto llegue al pueblo. Ahora la gente empezará a conocerte; ahora empezarás a ser popular. Quizás den un nombre a una calle. Hoy ahora, para los mayores... algunos eras, cariñosamente llamado, *Pascualón*. Para otros... algunos más, el poeta de la calle Jaime. Para la mayoría un desconocido. Para mí eras y seguirás siendo algo muy especial, y hoy quiero cantarlo y contarlo. Fuistes un poco padre, un poco amigo, un poco compañero y un mucho admirador de mi humilde obra. Te parecían pocas las ocasiones para manifestarlo, y este sentimiento era común: Yo fui, desde niño admirador de tu poesía; de las que escribías y de las que hablabas y, muchísimo más de las que pensabas y no decías; porque tu vida entera ha sido poesía; una poesía utópica, callada, velada, discreta, escondida, tímida y valiente al mismo tiempo. Había que saber calar a través de tu aparente seriedad, es gran humanidad saturada de constante

simpatía alegre con la que, de cualquier situación sabías sacar el chiste oportuno, o el comentario irónico.

Hay quien comentaba, en tu último adiós, que fuiste un hombre que había pasado por esta vida sin pena ni gloria. ¡Qué poco te conocía! Porque fuiste un hombre que, como todos los que aman de verdad, sufriste mucho y, por otro lado, Dios te dio en vida uno de sus mejores regalos; te dio la mejor de sus rosas para que te sirviera de compañera; esa compañera a la que tanto has cantado, que en ningún momento se separó de ti, ni en el de la muerte; y unos hijos ejemplares, y unos nietos y... muchos amigos con mayúsculas. Tú has querido mucho; tanto, que tu corazón se fue gastando poco a poco. Pero también te han querido, también te hemos querido y te seguiremos queriendo, no ya en tu persona, pero sí en tu obra y tu recuerdo. Hoy, al cabo de muchos años, recuerdo mi primera música que fue acompañada de tu letra, y la segunda y la tercera; me ayudaste para ser músico y me ayudaste a ser hombre. Adiós, hasta siempre, tío Antonio.

## ENTREVISTA DE DON MIGUEL VIDAL PARA "LUCERIA"

"Al habla con..."

El poeta lucentino Don Antonio Roldán Manjón-Cabeza

Don Antonio Roldán Manjón-Cabeza viene por mérito propio a nuestra sección de entrevistas. LUCERIA se complace en publicar el presente artículo, motivado por la edición de una selección de obras de nuestro reconocido poeta, cuyo libro titulado "A la luz de mis velones" ha editado el Excelentísimo Ayuntamiento de Lucena. Y es que anteriormente "Producción" y en el momento actual LUCERIA ha sabido comprender la valía del poeta y siempre le ha estimulado al trabajo, dando a conocer sus más bellas composiciones.

Antonio Roldán no necesita presentación. Gran estatura, frente amplia y despejada y un corazón de poeta que no le cabe en el pecho; lo prueba su gran producción lírica y sentimental y sus numerosas loas a la Virgen de Araceli, Reina y Patrona de nuestro amado pueblo. Le interrogamos en su casa, encontrándose amablemente dispuesto a responder a nuestras más o menos indiscretas preguntas.

*¿Desde cuándo escribe?*

Desde el año 48. Toda mi vida he sentido afición a la poesía, pero en aquel año, sin saber cómo ni por qué, hice un poema a los festejos de Mayo, que fue leído en el Teatro Principal. Los primeros aplausos y la llamada a escena del autor (que, entre nosotros, estaba escondido en el foso para que no lo

encontraran), me animaron de tal manera que, prácticamente, no he dejado de versificar desde entonces.

*¿Autodidacta?*

En efecto. Mis estudios de Bachillerato, por circunstancias que no son del caso, quedaron cortados, y yo solo, lo poco que sé, a mí me lo debo.

*¿Por qué prefiere escribir romances?*

Mi poesía, según Vd. sabe, es eminentemente popular. Y estimo que el romance es lo más adecuado para dicha expresión, porque brota del corazón y sólo requiere un mínimo de reglas gramaticales y retóricas.

*¿Cuál estima como su mejor composición?*

Difícil respuesta. Pregunte a un padre cuál es el mejor de sus hijos y se verá metido en un atolladero. Aunque comprendo que el gusto del público puede no coincidir con el mío, escribí con gran cariño la titulada "Las manos de mi esposa" y en su expresión popular "Perico el gitano" y el "Canto a Andalucía".

*¿Ha conseguido algún premio literario?*

He ganado certámenes poéticos en Priego y Puente Genil. En éste por mi poesía de pie forzado "La novia del pontanés".

*¿Ganó dinero escribiendo?*

Apenas nada; a excepción de los premios indicados, dotados con algunas pesetas, mis colaboraciones en periódicos y en la letra de algunas canciones han sido puramente honoríficas. Pero no



me importa, pues si hago versos es por dar satisfacción a mi espíritu y por pura distracción.

*¿Cuál es su violín de Ingres?*

La guitarra. Soy muy aficionado a dicho instrumento, del que poseo algunos conocimientos técnicos. (La modestia del Sr. Roldán queda manifiesta, ya que sabemos es un consumado artista, precisamente profesor de guitarra de la rondalla del Instituto Laboral).

*¿Opinión sobre la poesía española contemporánea?*

No me considero capacitado para enjuiciar a quienes valen infinitamente más que yo. Ahora bien, me gusta muchísimo la poesía de don José María Pemán, y la de García Lorca y José Carlos de Luna.

*¿Y el verso libre?*

Nada. Estimo que la poesía debe tener un fondo musical que con el verso blanco se pierde. Claro que bien sabe que "sobre gustos no se ha escrito nada".

*¿Su opinión sobre el Decenario local?*

Creo que es uno de los mejores periódicos en su género, por su amenidad y por su magnífica impresión, que le asemeja a los de algunas capitales españolas.

*Tenemos noticias de que se le va a hacer un homenaje. ¿Qué le parece?*

No me agrada, porque no me considero con méritos para ello y porque estimo que con la edición de mis poesías está más que pagado mi orgullo de poeta.

*¿Su mayor aspiración?*

Criar y educar cristianamente a mi pareja de hijos.

*¿Algún deseo en particular?*

Sí. Dar las gracias mediante estas líneas al Sr. Alcalde de Lucena y a toda la comisión que han editado tan maravillosamente mis poemas, destacando al Director del Instituto don José Garzón Durán, que ha llevado el peso del trabajo. A don José María Pemán, autor de una magnífica décima que prologa el libro y al profesor del Instituto don Juan Carlos Barroso que desinteresadamente ha hecho unos magníficos dibujos ilustrativos de corte moderno. Y a periódico lucentino que tanto propaga y exalta mis menguados méritos.

*¿Ha escrito poesías a la Virgen de Araceli?*

Muchas, pero... aún no estoy satisfecho de ninguna de ellas. Quisiera poder expresar en un romance el amor con que La distinguimos todos los lucentinos, mi ferviente cariño y el agradecimiento a tantos favores como Ella nos dispensa.

*Muy bien, lucentino poeta. Pues ¡ESCRÍBALA!*

UVE

ENTREVISTA A SU ESPOSA PUBLICADA EN LA VOZ POR ANTOÑI  
RAMÍREZ

**(Texto mecanografiado al final de esta pagina)**

# Recordando a Antonio Roldán

## A mejor Lucentino, mejor poeta

Nació el 15 de agosto de 1905. Murió el 22 de abril de 1988. Educado en el Colegio de los Hermanos Maristas, donde hizo sus estudios primarios, únicos que tenía, era amante de la música, estudiando la guitarra clásica y flamenca. En el año 1931, fué cofundador de la Agrupación Musical "Amigos del Arte", (de la que, la que luego fue su esposa forma parte) que actuó en muchos pueblos de esta Provincia, hasta llegar a Córdoba, Capital, donde tuvo lugar en el Teatro "Duque de Rivas", el famoso concierto en el que se obtuvo un gran éxito, recordado aún por las personas de aquella época. Esta Agrupación se disolvió al comenzar la Guerra Civil. Siempre tuvo inquietudes por las diversas artes, sintiendo predilección, aparte de la música y de la poesía, por el mundo del Teatro, hasta el punto de participar en las actividades desarrolladas en la Agrupación Cultural Lucentina, de la que fue un año Presidente, y en la de Barahona de Soto, siendo en numerosas ocasiones miembro de los Jurados Calificadores de los Certámenes que ésta última llevaba a efecto. Fué miembro de la Cofradía de María Santísima de Araceli en el año 1958. En cuanto a la poesía, que con la música fueron las que más cultivó a lo largo de toda su vida, he de decir que, aunque vivió siempre con él, porque era un poeta nato, Lucena no conoció esta faceta suya hasta que, con motivo de la Coronación de La Virgen, se empezaron a publicar sus trabajos, en las diversas Revistas que existían aquí.



Sus versos no sólo iban dirigidos a exaltar a la Santísima Virgen de Araceli, que fué su gran amor, sino que resaltaban el costumbrismo de nuestro pueblo, también en su Semana Santa, donde hizo un canto a las Imágenes más representativas de ésta, especialmente de Nuestro Padre Jesús Nazareno, como fué "Viernes", "Jesús bendice a los Presos" y otras. En su extensa obra poética, también tuvieron cabida los personajes populares de nuestra Lucena, como fueron "Perico el Gitano", el "Pescaero", etc., ocupando un lugar de privilegio sus Fiestas Populares, como "La Feria del Valle, sus "Verbenas" y otras. El Santuario de Aras fue uno

de los lugares que más despertó su inspiración, como puede verse si leemos detenidamente "El Chavallillo en la Ermita", "Un nido en las cumbres" y algunas más. La Santería también aparece en sus poesías, porque, como amante de este arte popular lucentino, dejó unos versos en los que se establecía un diálogo entre la Virgen y su Manijero, que patentizaba el amor de Ella y la veneración de él, que la cubre de piropos. Los lugares típicos de Lucena han quedado reflejados fielmente en su obra como "La Cruz de la Barrera", la "Calle de la Parra y otros rincones de nuestro Pueblo". La Cofradía de la Santísima Virgen, le testimonió su agra-

decimiento por sus versos dedicados a Ella, otorgándole el título de "Cantor oficial de la Virgen", como constará en las actas correspondientes.

La Bandera de la Cofradía lo envolvió en su última hora, hecho éste que su esposa, aprovechado esta ocasión, agradece públicamente la delicada atención para con él, por los miembros de la misma.

No sólo escribía sobre Lucena, sus Imágenes, su Virgen, sino que también encontramos en sus versos sus más íntimos sentimientos, sus quererles más profundos como "Las Manos de mi Esposa" y todo lo que le inspiraron sus padres, su hermano, sus hijos e incluso sus nietos.

En el año 1956, siendo Alcalde de la Ciudad D. Daniel León Gutiérrez, el Excmo. Ayuntamiento de Lucena acordó editar el Libro "A la luz de mis Velones" en los que se recogía una parte muy importante de sus versos, y cuyo prólogo lo hizo D. José María Pemán. La primera edición se agotó y no se volvió a pensar en hacer una segunda.

Tampoco olvidó a Córdoba en sus versos como se demuestra con el dedicado al Pintor Julio Romero de Torres, ni a nuestra Andalucía, que dibuja en esas Ocho Rosas que constan en el libro.

La Voz queriendo hacer un pequeño homenaje a este gran hombre, lucentino y aracelitano, ha entrevistado a su esposa para así, a través de ella intentar conocer al igual algunas de sus facetas íntimas.

El romance de Concha y

Antonio podríamos llamarlo de "Profesor y alumna" ya que él, profesor de guitarra, le daba clases y aunque era bastante mayor que ella, el flechazo fue inmediato.

**.-Concha, ¿cómo y cuando conoce a su marido?**

Conocerlo...de toda la vida, yo venía del colegio y él estaba esperándome para darme clases de guitarra entonces, fue un trato continuo y para mí no había otro hombre.

**¿Siempre ha vivido en Lucena?**

Sí, yo me casé a los 21 años, y nos fuimos a vivir a la calle Jaime, Antonio era muy amante de Lucena y de su casa y a pesar de que nuestros hijos se nos fueron a vivir a Madrid, él no quería moverse de aquí quería vivir y morir en su casa, y fue así, allí murió.

Más tarde yo me marché a Madrid con mis hijos pues ya la casa me pesaba mucho.

**.-¿A quién o para quién escribía Antonio?**

Antonio era muy amante de la naturaleza, siempre que podíamos paseábamos por el campo, luego cuando se hizo mayor y no podía se decidió a cuidar los jardines de la casa, por eso, él escribió mucho a la naturaleza, por supuesto a Lucena y su Virgen y como no a mí, en los versos no está reflejado ni mucho menos lo que me quería.

Tengo en mi patio violetas, tengo rosas y alhelies, claveles en las macetas y perlas cuando te ríes.

En las cruces de tu reja yo voy clavando mis coplas y tú las vas desclavando para que te cante otras.

Cuándo la muerte me agarre tiene que hacerlo bien fuerte porque yo, por no dejarte he de luchar con la muerte.

**.-¿Se sabe cuando empezó a escribir?**

Siempre hizo coplillas pero cuando empezó a escribir en serio fue a raíz de la Corona-

ción de la Virgen.

**.-¿Es verdad que se inspiraba en Concha a la hora de escribir?**

Sí, desde luego su musa fui yo, a mí me tiene muchas poesías hechas, para él yo tenía las virtudes.

**.- ¿Hay alguna que no haya visto la luz?**

Sí, hay algunas íntimas que sólo las conozco yo. El amor nuestro fue sosegado, tranquilo, pero ni él podía vivir sin mí ni yo sin él. Antonio era muy sensible, humano, le gustaba todo lo sencillito, las flores, los pájaros, la música y evidentemente la poesía.

**.- ¿Le han hecho algún homenaje a Antonio fuera de Lucena?**

En América le publicaron "las ocho rosas" ésta es una bonita poesía que habla de las ocho provincias andaluzas, también escenificaron muchas poesías como "El chavalillo en la Ermita", de las que luego nos mandaban un reportaje gráfico, fue allí donde de verdad reconocieron su valía.

**.-¿Necesitaba estar sólo para escribir?**

Sí, solo, él tenía un riconcito con su butaca, su guitarra y una librería con sus cosas, todo esto lo conservo yo en Madrid igual que estaba aquí, pero al margen de esto cualquier palabra que decían sus nietos o yo, enseguida la hacía poesía, incluso a los nombres de las nietas, un ejemplo de ellas es esta que le dedicó a su nieta María del Mar.

¡Qué bonito nombre tienes para poderlo rimar!  
la dulzura de María  
y la bravura del mar  
un nombre con muchas mieles  
mucha gracia y mucha sal  
¡qué bonito nombre tienes para poderlo rimar!

**Concha, ¿le gustaba a usted la poesía y la música o se fue haciendo poco a poco a las costumbres de Antonio?**



Siempre me gustó pero al vivir con él lógicamente se va acrecentado esta afición, nuestras charlas iban siempre encaminadas a este tema además nuestros gustos eran afines hasta el extremo de que antes de terminar cualquier poesía me la enseñaba a mí para saber mi opinión y si yo le veía algún fallo lo quitaba sin pensarlo.

**.- ¿Quiere añadir algo más?**

Sobre su obra lo he dicho todo, sobre él no tengo palabras, solo te digo que si volviera a empezar a vivir lo volvería a hacer con él.

**Nosotros no queremos pecar de reiterativos al afirmar que nadie es profeta en su tierra pero los hechos confirman nuestras palabras, este artista, lucentino, aracelitano por los cuatro costados vivió por y para Lucena y solo los más íntimos reconocieron su valía, un hombre al que como mínimo se le debía de haber dedicado el nombre de una calle y que por el contrario no se le ha sabido dar su sitio. Lucentinos como éste que por desgracia hemos perdido son los que nos hacen falta para que de una vez por todas podamos dejar de hablar de la "apatía lucentina".**

*Antoni Ramírez*

*Antonio Rollán*

## La Virgen y el Manijero

Dime, dime, manijero:

¿Dónde me vas a llevar

sin preguntarme si quiero?

-Mí Virgen, a pasear

y a que luzcas tu Lucero.

-Mí Lucero está dormido

y despertará al ruido.

-Verás como no lo advierte.

Lo llevaré tan mecido

que no es fácil que despierte.

-Tú no podrás, manijero.

El fatigoso sendero

te cubrirá de sudor.

-Para llevar a mi flor,

tengo músculos de acero.

Y si el agobio viniera

por llevarte ¡Madre mía!

será tanta mi alegría

que aunque mi carne se hiriera

lo mismo te llevaría.

Yo he de llevarte en mi hombro

tan suave, tan serena.....

que habrá de decir Lucena

con admiración y asombro:

¡Qué bien lleva a su Azucena!

-¿Y si al pasar por la reja

de alguna estrecha calleja

tropezara mi Lucero?

-Siendo yo tu manijero

no tendrás ninguna queja.

A tu Clavel encendido,

yendo como vá dormido,

no lo tocarán siquiera.

Y a tí, Flor de primavera,

no rozarán ni el vestido.

-¿Dime por qué, manijero,

me cuidas con tanto amor?

-Porque sí, porque te quiero,

porque siendo Tú la Flor

quiero ser tu jardinero.

Quiero que tu rostro brille

como la más linda estrella.

Quiero que el Pueblo se humille

y con fervor se arrodille

delante de Flor tan bella.

Y quiero...no sé que quiero

Más si lo que más prefiero

es estar siempre contigo.

-Y yó quiero que conmigo

se luzca mi manijero.

Nació el 15 de agosto de 1005. Murió el 22 de abril de 1988. Educado en el Colegio de los Hermanos Maristas, donde hizo sus estudios primarios, únicos que tenía, era amante de la música,

estudiando la guitarra clásica y flamenca. En el año 1931, fue cofundador de la Agrupación Musical "Amigos del Arte", (de la que, la que luego fue su esposa forma parte) que actuó en muchos pueblos de esta Provincia, hasta llegar a Córdoba, Capital, donde tuvo lugar en el Teatro "Duque de Rivas", el famoso concierto en el que se obtuvo un gran éxito, recordado aún por las personas de aquella época. Esta Agrupación se disolvió al comenzar la Guerra Civil.

Siempre tuvo inquietudes por las diversas artes, sintiendo predilección,-aparte de la música y de la poesía-, por el mundo del Teatro, hasta el punto de participar en las actividades desarrolladas en la Agrupación Cultural Lucentina, de la que fue un año Presidente, y en la de Barahona de Soto, siendo en numerosas ocasiones miembro de los Jurados Calificadores de los Certámenes que ésta última llevaba a efecto.

Fue miembro de la Cofradía de María Santísima de Araceli en el año 1958. En cuanto a la poesía, que con la música fueron las que más cultivó a lo largo de toda su vida, he de decir que, aunque vivió siempre con él, porque era un poeta nato, Lucena no conoció esta faceta suya hasta que, con motivo de la Coronación de La Virgen, se empezaron a publicar sus trabajos, en las diversas Revistas que existían aquí.

Sus versos no sólo iban dirigidos a exaltar a la Santísima Virgen de Araceli, que fue su gran amor, sino que resaltaban el costumbrismo de nuestro pueblo, también en su Semana Santa, donde hizo un canto a las Imágenes más representativas de ésta, especialmente de Nuestro Padre Jesús Nazareno, como fue "Viernes", "Jesús bendice a los Presos" y otras.

En su extensa obra poética, también tuvieron cabida los personajes populares de nuestra Lucena, como fueron "Perico el Gitano", el "Pescaero", etc., ocupando un lugar de privilegio sus Fiestas Populares, como "La Feria del Valle, sus "Verbenas" y otras.

El Santuario de Aras fue uno de los lugares que más despertó su inspiración, como puede verse si leemos detenidamente "El Chavalillo en la Ermita", "Un nido en las cumbres" y algunas más. La Santería también aparece en sus poesías, porque, como amante de este arte popular lucentino, dejó unos versos en los que se establecía un diálogo entre la Virgen y su Manijero, que patentizaba el amor de Ella y la veneración de él, que la cubre de piropos.

Los lugares típicos de Lucena han quedado reflejados fielmente en su obra como "La Cruz de la Barrera". la "Calle de la Parra" y otros rincones de nuestro pueblo.

La Cofradía de la Santísima Virgen, le testimonió su agradecimiento por sus versos dedicados a Ella, otorgándole el título de "Cantor oficial de la Virgen", como constará en las actas correspondientes. La Bandera de la Cofradía lo envolvió en su última hora, hecho éste que su esposa, aprovechando esta ocasión, agradece públicamente la delicada atención para con él, por los miembros de la misma.

No sólo escribía sobre Lucena, sus Imágenes, su Virgen, sino que también encontramos en sus versos sus más íntimos sentimientos, sus quereres más profundos como "Las Manos de mi Esposa" y todo lo que le inspiraron sus padres, su hermano, sus hijos e incluso sus nietos.

En el año 1956, siendo Alcalde de la Ciudad D. Daniel León Gutiérrez, el Excmo. Ayuntamiento de Lucena acordó editar el Libro "A la luz de mis Velones " en los que se recogía una parte muy importante de sus versos, y cuyo prólogo lo hizo D. José María Pemán. La primera edición se agotó y no se volvió a pensar en hacer una segunda.

Tampoco olvidó a Córdoba en sus versos como se demuestra con el dedicado al Pintor Julio Romero de Torres, ni a nuestra Andalucía, que dibuja en esas Ocho Rosas que constan en el libro.

La Voz queriendo hacer un pequeño homenaje a este gran hombre, lucentino y aracelitano, ha entrevistado a su esposa para así, a través de ella intentar conocer al igual algunas de sus facetas íntimas.

El romance de Concha y Antonio podríamos llamarlo de "Profesor y alumna" ya que él, profesor de guitarra, le daba clases y aunque era bastante mayor que ella, el flechazo fue inmediato.

-Concha, ¿cómo y cuando conoce a su marido?

Conocerlo de toda la vida, yo venía del colegio y él estaba esperándome para darme clases de guitarra entonces, fue un trato continuo y para mí no había otro hombre.

-¿Siempre ha vivido en Lucena?

Sí, yo me casé a los 21 años, y nos fuimos a vivir a la calle Jaime, Antonio era muy amante de Lucena y de su casa ya pesar de que nuestros hijos se nos fueron a vivir a Madrid, él no quería moverse de aquí quería vivir y morir en su casa, y fue así, allí



murió. Más tarde yo me marché a Madrid con mis hijos pues ya la casa me pesaba mucho.

- ¿A quién o para quién escribía Antonio?

Antonio era muy amante de la naturaleza, siempre que podíamos paseábamos por el campo, luego cuando se hizo mayor y no podía se decidió a cuidar los jardines de la casa, por eso, él escribió mucho a la naturaleza, por supuesto a Lucena y su Virgen y como no a mí, en los versos no está reflejado ni mucho menos lo que me quería.

Tengo en mi patio violetas,  
tengo rosas y alhelíes,  
claveles en las macetas  
y perlas cuando te ríes.

En las cruces de tu reja  
yo voy clavando mis coplas  
y tú las vas desclavando  
para que te cante otras.

Cuándo la muerte me agarre  
tiene que hacerlo bien fuerte  
porque yo, por no dejarte  
he de luchar con la muerte.

-¿Se sabe cuando empezó a escribir?

Siempre hizo coplillas pero cuando empezó a escribir en serio fue a raíz de la Coronación de la Virgen.

- ¿Es verdad que se inspiraba en Concha a la hora de escribir?

Sí, desde luego su musa fui yo, a mí me tiene muchas poesías hechas, para él yo tenía todas las virtudes.

- ¿Hay alguna que no haya visto la luz?

Sí, hay algunas íntimas que sólo las conozco yo. El amor nuestro fue sosegado, tranquilo, pero ni él podía vivir sin mí ni yo sin él. Antonio era muy sensible, humano, le gustaba todo lo sencillo, las flores, los pájaros, la música y evidentemente la poesía.

- ¿Le han hecho algún homenaje a Antonio fuera de Lucena?

En América le publicaron "las ocho rosas" ésta es una bonita poesía que habla de las ocho provincias andaluzas, también escenificaron muchas poesías como "El chavalillo en la Ermita", de las que luego nos mandaban un reportaje gráfico, fue allí donde de verdad reconocieron su valía.

- ¿Necesitaba estar sólo para escribir?

Sí, solo, él tenía un rinconcito con su butaca, su guitarra y una librería con sus cosas, todo esto lo conservo yo en Madrid igual que estaba aquí, pero al margen de esto cualquier palabra que decían sus nietos o yo, enseguida la hacía poesía, incluso a los nombres de las nietas, un ejemplo de ellas es esta que le dedicó a su nieta María del Mar.

¡Qué bonito nombre tienes  
para poderlo rimar!  
la dulzura de María  
y la bravura del mar  
un nombre con muchas mieles  
mucho gracia y mucha sal

¡qué bonito nombre tienes  
para poderlo rimar!

-Concha, ¿le gustaba a usted la poesía y la música o se fue haciendo poco a poco a las costumbres de Antonio?

Siempre me gustó pero al vivir con él lógicamente se va acrecentado esta afición, nuestras charlas iban siempre encaminadas a este tema además nuestros gustos eran afines hasta el extremo de que antes de terminar cualquier poesía me la enseñaba a mí para saber mi opinión y si yo le veía algún fallo lo quitaba sin pensarlo.

- ¿Quiere añadir algo más?

Sobre su obra lo he dicho todo, sobre él no tengo palabras, solo te digo que si volviera a empezar a vivir lo volvería a hacer con él.

Nosotros no queremos pecar de reiterativos al afirmar que nadie es profeta en su tierra pero los hechos confirman nuestras palabras, este artista, lucentino, aracelitano por los cuatro costados vivió por y para Lucena y solo los más íntimos reconocieron su valía, un hombre al que como mínimo se le debía de haber dedicado el nombre de una calle y que por el contrario no se le ha sabido dar su sitio. Lucentinos como éste que por desgracia hemos perdido son los que nos hacen falta para que de una vez por todas podamos dejar de hablar de la "apatía lucentina".

## NOTA PUBLICADA EN LUCERIA

*No está firmada, por lo que se supone que procede de la Redacción del Decenario.*

A la luz de mis velones

En los escaparates de las librerías acaba de aparecer un libro de poesías editado por el Excmo. Ayuntamiento de Lucena, del que es autor el poeta lucentino Antonio Roldán.

Hacer la crítica de un libro, cuando el autor es amigo y amigo el dibujante que tan acertadamente lo ilustra es un poco difícil. Es fácil dejarse llevar por el elogio y no acierta uno a ver más que las bellezas que encierra prescindiendo o no viendo los fallos; pero cuando el libro va prologado y definido por D. José María Pemán, nuestra crítica se siente avalada y fortalecida, y yo no podría decir con menos palabras ni más bellamente que lo hace el autor del Divino Impaciente, lo que el libro encierra.

"...parece llama de fuego  
sobre ramajes de oro..."

Los inspirados dibujos del Sr. Barroso han sabido captar en sus trazos toda la belleza que la poesía encierra. Esa guitarra con el mástil roto, las cuerdas retorcidas de sentimiento y pena, que encierra dentro de ella el cuerpo vencido, cansado, abatido por las penas de "Perico el Gitano" nos anticipa toda la excelencia de la poesía que vendrá después. Otros muchos dibujos tan expresivos ilustran otras composiciones.

Felicitemos sinceramente al Sr. Roldán y a quienes velando por todo lo que representa engrandecimiento de Lucena, se han preocupado de dar a la estampa tan bellas composiciones.

Jefa de programación de Radio Lucena.

# A un gran poeta...

Por fin, después de muchos años vuelve atrás el tiempo. Estamos invadidos de telenovelas y lecturas impuras y hoy retrocede nuestro pensamiento. Aunque el invierno está a mediados, en el ecuador de sus días, hace una noche apacible, el cielo está cubierto de estrellas y la luna luce plateada como queriendo unirse y alumbrar una fiesta... un acto... un acontecimiento en el que se hace presente "la poesía" el libro de un lucentino, de un lucentino que puso su pluma con cariño y orgullo a los pies de una Virgen... su Virgen de Araceli que junto a su esposa eran sus dos primeros amores. Dedicó también sus versos a una ciudad, la ciudad de Lucena "su ciudad" fué un escritor maravilloso que nos dejó un día para seguir escribiendo piropos a su Virgen de Araceli allá en el cielo desde donde estoy segura nos acompaña su mirada en esta noche estrellada del 16 de Enero del año 1993 Antonio Roldán, ...amigo nuestro, lucentino, esposo fiel, padre amantísimo... por fin tu pueblo leerá una y mil veces tus poesías, tus maravillosas poesías relegadas en este libro primero de la colección que empieza en Lucena de escritores ilustres y temas de esta tierra nuestra.

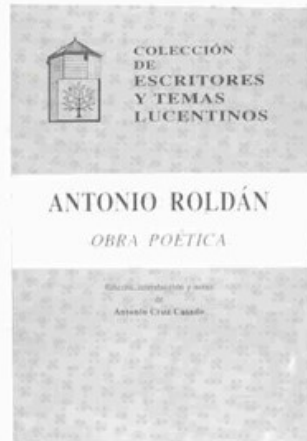
Antonio Roldán... tus amigos que te queríamos guardamos con gran esmero y cariño tu libro dedicado por tu esposa y después de leerlo

muchas veces lo dejaremos como recuerdo invariable a nuestros pequeños.

Antonio Roldán, ... amigo de verdad... aunque te fuistes con tu Madre del cielo, hoy en este día, en este mes de Enero, has bajado y has estado con nosotros, con tu esposa, con tus

hijos, con tu familia y con todos los que te recordamos con admiración.

Antonio Roldán... estas vivo en el recuerdo... enhorabuena amigo. Tu libro es estupendo, hecho con esmero, con dignidad, con cariño... tu libro es una maravilla... tu libro... eres tu



"Por fin tu pueblo leerá una y mil veces tus poesías"

## RECUERDOS DE UNA ABUELA DE ZAMBRA

Testimonio recogido por Fernando Chicano Martínez



(Ver Nota complementaria al final del texto)

Este rico testimonio ha sido aportado a esta página por Fernando Chicano Martínez, sobrino del poeta.

Contiene la poesía más antigua conocida de Antonio Roldán, que, por su fecha (1932), presenta el estilo propio de quien está empezando en la actividad poética y aún no domina la técnica.

Como Fernando relata, fue obtenido por pura casualidad, y es tan coloquial y lleno de frescura, que hemos respetado su presentación.

## Recuerdos de ayer

El pasado día 19 asistí a la boda de la hermana de una de mis alumnas. Allí me presentaron a la abuela de la novia y cuando supo quien era, me dijo que ella había conocido a un Fernando Chicano que tocaba el violín en los “Amigos del Arte”. Al decirle que era mi padre, empezó a contarme cosas de aquella época. Yo estaba interesado en la conversación pero, al no ser ni el momento ni el sitio adecuado para ello, quedamos que iría al día siguiente a su casa de Zambra, le llevaría fotografías y programas de aquellos tiempos y me hablaría de ello.

Así fue: Sobre las seis de la tarde del día 20, me presenté en su casa y salió a recibirme junto con su hija –la madre de la novia-. Me invitó a pasar y me ofreció una taza de café que acepté gustoso. De un sobre grande, extraje una serie de fotografías de la orquesta de los “Amigos del Arte” que, junto a un libro a modo de álbum con recortes de periódicos y programas pegados de las actuaciones, ella miraba con detenimiento y a la vez con entusiasmo.

Iba reconociendo a algunas personas. Entre ellas a las niñas que iban siempre bien vestidas que eran hijas del sastre de la calle Jaime. Cuando le dije que el sastre era mi abuelo y que las niñas eran mi madre y mis tías, la conversación se hizo más interesante. Le pregunté que cómo era que las conocía. Me dijo que ella frecuentaba la calle Jaime y que pasaba a veces temporadas en casa de Antonio Roldán. Cada vez crecía más mi interés. Le pedí que me contara aquella historia, pues tenía relación con mi familia toda vez que mi tía Concha - hermana de mi madre - se casó con Antonio Roldán. También le comenté que otro Antonio Roldán que es mi primo, estuvo de maestro en Zambra, y que es hijo de los anteriores. Ella lo recordaba y siempre sospechó que sería hijo del poeta pero que nunca se lo comentó. Me dijo que le dio clase a su hijo Juan José González Muñoz y que vivían por la calle el Prado al lado del Caño y le gustaba tirar las sobras de la comida.

Araceli Muñoz Roldán, que así se llama nuestra protagonista, relata que nace en Rute en el año 1920. Su madre se dedicaba a vender leche con una piara de cabras por las calles. Ella le acompañaba en esa tarea callejera y jugaba con la mayoría de las niñas que se encontraba a diario. Rafaela Roldán Manjón –Cabeza era cliente de esta lechera y cuando llegaba a su casa, como de costumbre, jugaba con sus hijas: Lola y María que salían a la calle. Creció hasta tal punto la amistad entre las niñas y ella, que Rafaela le pidió a su madre que la dejara cuatro ratos en la casa para jugar con ellas. De esta forma, empezó a frecuentar la casa.

“Yo ya era como de la familia –me comenta Araceli - pues, cuando llegaba el verano D. Pedro Roldán, que era el marido de Rafaela, junto con las niñas y yo nos veníamos de temporada a Zambra a la cacería “la Torre” de los Villén y también a “la Aurora”. Hubo un tiempo en que Rafaela casi todas las semanas iba a Lucena a ver a su madre que estaba enferma. Se llevaba a las niñas y yo iba con ellas. A veces estábamos dos o tres días y también una semana”



“La madre de Rafaela vivía en la calle Jaime, con sus hijos Antonio y Fernando. La cocinera era Araceli *la Tábarra* y de cuerpo-casa estaba la *Sordomuda* que, para referirse a Fernando, como tenía bigote, se ponía el dedo índice encima de los labios y para referirse a Antonio, como era tan alto, elevaba los brazos. Yo dormía con la *Sordomuda* y me decían *Aracelilla*”.

“Al tener más edad que las niñas - tenía unos doce años - yo me las llevaba a la calle. Casi siempre estábamos en la esquina de la calle el Peso, frente a la farmacia y en algunas ocasiones hasta la Plaza Nueva. Recuerdo que en Lucena una tal Dolores que era costurera, ya mayor, me enseñó a rezar”

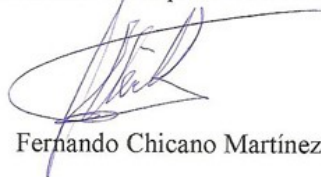
“La criada de Rafaela era Josefa y también la acompañaba cuando iba a Lucena. En uno de estos viajes le salió un novio que le decían *el chupe* y la *Tábarra* siempre le daba mucha vaya. En esto, que una mañana que estábamos desayunando en la cocina, entra Antonio y nos dice:

La *Tábarra*, la *Josefa*,  
Aracelilla y la *Muda*  
Todas las mañanas  
Se toman la leche cruda.  
Después empiezan a discutir  
Con lo que sobró del pollo  
Cómo lo van a partir.  
La *Tábarra*, más ladina  
Coge el muslo por el hueso  
Y a la *muda*, pobrecilla  
Le dan que chupe el pescuezo.  
En esto de las oraciones  
El *chupe* toser se siente  
La *Josefa* sonriente  
Sale en busca de su amor  
Y a quien le pese,  
¡Que reviente!”.

Esta poesía la recuerda como si se tratara de aquel día de 1932. Su hija, presente en la entrevista, la conocía y también la recitó pues su madre se la enseñó de niña.

Tras esta historia, Araceli estuvo viviendo durante unos dos años en Lucena, después en Puente Genil, donde matan a su padre en el año 1936 y después en Zambra donde su madre, al verse sola y desamparada, busca refugio en unos familiares que le dan trabajo. Aquí conoce a su “hombre” y se casa.

Zambra 20 de Septiembre de 2009



Fernando Chicano Martínez

### **Nota complementaria**

Enviados estos recuerdos a Lola Roldán Roldán (la niña Lolita del texto, que entonces era muy pequeña), nos completa la información y aporta otra versión de la poesía recordada.

Lo que cuenta Araceli referente a la familia es conocido por ella. Sin embargo no se acuerda de esta señora, pues ella se refiere a unos años en los que Lola era muy pequeña (en 1932 tenía tan sólo tres años).

La poesía, aunque con ciertas variantes, sí la recuerda, incluso la ha recitado en varias ocasiones. De la tal Aracelilla que se cita en la misma no se acuerda y siempre había pensado que era una niñera que tendrían cuando ella y su hermana eran pequeñas.

La poesía que ella recuerda dice así:

A la Tábarra, Aracelilla,  
Josefa y la Muda  
les gusta por la mañana  
tomarse la leche cruda.

Después se echan un hoyo  
y se ponen a discutir,  
que lo que sobró del pollo

como lo van a partir.

La Tábarra, más ladina  
coge el muslo por el hueso,  
y a la muda, pobrecilla,  
por darle alguna cosilla  
le dan que chupe el pezcuezo.

Mientras tanto, las otras dos  
se lian a coscorrones,  
pues han visto que en el arroz  
faltaban los dos alones.

Así la conoce Lola, de habérsela oído muchas veces a su tío Antonio Roldán, años después. Es posible que la última estrofa ya no la recitara, pues en ese tiempo Josefa ya no tuviera ese novio.

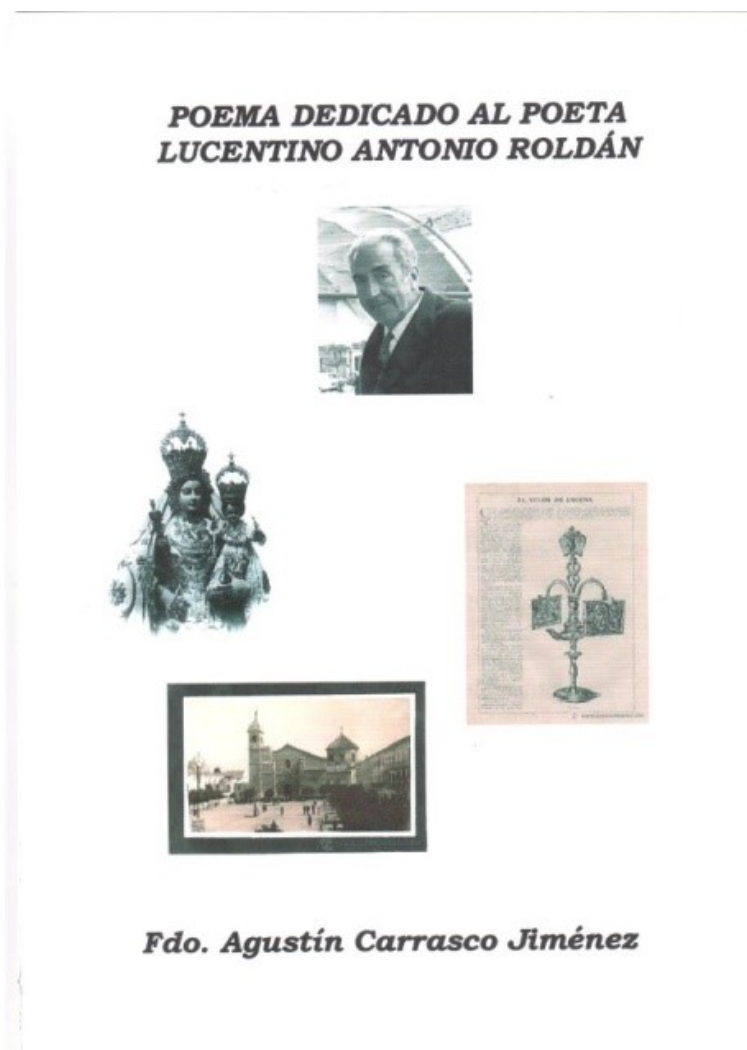
Se acuerda perfectamente de los gestos de la muda (de la que no sabe el nombre) para referirse a cada uno de los miembros de la familia. Cree que el de Fernando no era así, pues que ella recuerde nunca tuvo bigote (al mantenedor de esta página, Antonio Roldán Martínez, tampoco le parece verosímil este detalle).

## POEMAS DE AGUSTÍN CARRASCO JIMÉNEZ

Los que tenemos ya una cierta edad recordamos a Agustín como "El Lucentino", torero de nuestro pueblo hace ya bastantes décadas. En esta página debemos destacar también que fue uno de los impulsores del premio de poesía que lleva el nombre de Antonio Roldán.

Agradecemos su cariñoso recuerdo en forma de dos poemas, uno de ellos de envío reciente.

Primer poema



## PARA ANTONIO ROLDÁN

Ya quisiera yo escribir  
como los grandes escritores,  
poemas de mil amores  
como el himno de Pemán  
o aquel de Antonio Roldán  
a la luz de mis velones.

Me sentiría feliz  
si algún día al despertar  
en su Lucena natal,  
en una placa "fundía"  
y unas letras que dirían  
Plaza de Antonio Roldán.

De Utrera son los Quinteros,  
de Cádiz Alberti y Pemán,  
de Lucena Barahona  
dos plumas muy señoronas  
junto con la de Roldán.

*Fdo. Agustín Carrasco Jiménez.*

***Dedicada al gran poeta lucentino***

## Segundo poema

Dos "Roldanes" dejan huellas  
que han levantado pasiones.  
El uno con la Columna.  
El otro con sus velones

Eres tierra de poetas,  
Lucena de mis amores,  
donde Roldán escribió:  
A la luz de Mis Velones.

Murió sintiendo unos trinos  
de un pájaro en el desván.  
Fueron versos que salieron  
de la pluma de Roldán,

Yo quisiera ser poeta  
como Góngora y Luján,  
como Quevedo y la Vega  
como la Barca y Roldán

Agustín Carrasco Jiménez.